

EL COJO ILUSTRADO

AÑO II

15 DE AGOSTO DE 1893

Nº 40

PRECIO	
SUSCRICIÓN MENSUAL	B. 4
UN NUMERO SUELTO	B. 2

EDITORES PROPIETARIOS
J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA
DIRECTOR: MANUEL REVENGA

EDICIÓN BIMENSUAL
DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
CARACAS — VENEZUELA



UN GALÁN Y UNA COQUETA. — Dibujo de Joseph Weiser

SUMARIO

TLITO:—**NUESTROS GRABADOS**—*Belleza de Flora, por el Dr. R. Villavicencio*—*Dr. Juan Cuello, por J. J. Brice*—*Edificio del Colegio de Lourdes en Valencia*—*Cíterca, poesía de Abraham Z. López Pincha*—*Dr. J. G. Hernández, por F. de Sales Pérez*—*Francisco Fernández Paz, por M. R. Mondragón, por J. M. Marín*—*Aguas minerales y termales de Venezuela, por el Dr. F. de P. Alamo*—*Fiesta simpática, por Francisco Marriqués*—*El Cojo, por el Dr. Andrés A. Silva*—*Péame, por E. M. y M. El Aspí y el rosal, poesía de don J. A. Calatayud*—*Hojas sueltas, por el Dr. Domingo Alas*—*Revista de la Quincena, por Eugenio Mendoza y Mendoza*—*El rescador de Islandia*.

GRABADOS:—*Un galán y una coqueta, dibujo de Joseph Weiser*—*Dr. J. G. Hernández, de fotografía*—*Francisco Fernández Paz, de fotografía*—*Calle del Comercio: Maracaibo (Venezuela) de fotografía*—*Hero y Leandro, cuadro de Fernando Keller*—*El Vigía de La Guaira, vistas tomadas desde Pampatar*—*Calle y San Agustín, Cuartel de la Alameda, Pólvora, Vista de La Guaira, dibujos del Sr. F. Davegno*—*Vistas del Colegio de Ntra. Sra. de Lourdes en Valencia (Venezuela)*—*Palio Principal, Sala de lavabos, Corredores y dormitorios, de fotografías de Rey*—*Ferrocarril de Puerto Cabello a Valencia*—*Estación de Las Trincheras, de fotografía*—*Una escuela en el interior de la República, de fotografía*—*Catafalco en las horas fúnebres de Fernández Paz, de fotografía*—*Colección de antiguos tipos populares de Caracas: Bartolo Apellaniz, dibujo de Herrera Toro*.

NUESTROS GRABADOS

Doctor Juan Cuello

No habrá rincón de la República por apartado que se halle de nosotros, á donde no haya llegado la fama del Doctor Cuello como especialista de las enfermedades de los ojos y como hábil cirujano en la misma especialidad. De diario acuden á la Capital de la República venidas de nuestras más apartadas regiones, personas privadas de la luz en busca del Doctor Cuello, á quien justamente consideran como enviado de la Providencia encargado de devolverles el don precioso de la vista.

En la página 293 encontrarán nuestros lectores los apuntes biográficos que del reputado oculista se publican hoy.

Dr. José Gregorio Hernández

Uno de los pensionados por el Gobierno de la República para hacer estudios médicos en la gran metrópoli francesa que han sabido corresponder dignamente á la gracia recibida es el señor Doctor José Gregorio Hernández, cuyo retrato aparece hoy en las páginas de *EL COJO ILUSTRADO*, acompañado de los rasgos biográficos del joven facultativo, obra de nuestro colaborador el reputado escritor Francisco de Sales Pérez.

Muy joven como es aún el Doctor Hernández, su corta vida no ofrece el número de hechos suficientes para extensa biografía; pero notorios como son el saber, la inteligencia, la ejemplar modestia y la vida austera del joven médico que en tan corto tiempo ha conquistado merecido renombre entre nosotros, esto constituye por sí solo suficiente ejecutoria para que venga el retrato del Doctor Hernández á figurar en la galería de médicos venezolanos que viene publicando este periódico, lo cual es para la empresa especial motivo de placer.

Calle del Comercio de Maracaibo

Aumentamos la serie de vistas de Maracaibo con la que hoy aparece en la página 295.

Estación de Las Trincheras

Tiene de notable esta estación el ser, según tenemos entendido, la de más importancia en la línea de Puerto Cabello á Valencia, y el estar próxima á la estación balnearia del mismo nombre, cuyas aguas sulfurosas de diario se acreditan.

Francisco Fernández Paz

Publicamos hoy el retrato de este malogrado joven, y en otra sección se verán los apuntes biográficos.

También damos la copia fotográfica del catafalco, que sus amigos dedicaron á su memoria en las exequias que se efectuaron en Valencia el 21 de Julio pasado. Por recibir la fotografía á última hora no nos ha sido posible reproducir uno de los artículos de los periódicos de aquella capital que hablan sobre dichas horas fúnebres.

Una escuela en el interior

Ya se echa de ver que los pobres alumnos tienen que llevar á cabo el aprendizaje en medio del ardiente clima de casi todas nuestras poblaciones del interior, en lo cual hay sin duda mayor mérito que cuando la fatiga intelectual no va acompañada de la fatiga física.

Los cerdos y gallinas que figuran en el primer plano del grabado de la página 305 demuestran cómo van difundiéndose las lúes en medio de la sencilla rusticidad de nuestros pueblos.

Colegio de Nuestra Señora de Lourdes en Valencia

Honra de la capital de Carabobo es la posesión de un instituto montado á la europea, como lo revelan los grabados de las páginas 301 y 302 que en este número ofrecemos á nuestros abonados.

En otro lugar publicamos datos sobre este mismo asunto á los cuales nos permitimos remitir á los lectores.

Un galán y una coqueta

La historia es tan antigua como el hombre: Eva fue la primera coqueta y desde entonces . . . peor es ménearlo.

El asunto está tratado por Weiser con maestría: la actitud y más que todo la expresión de la dama resumen el pensamiento de la obra. Apenas habrá hijo de Adán que no haya visto por lo menos una vez en algún rostro de hija de Eva la consabida expresionilla que produce en el alma de todo enamorado el efecto que en el cuerpo el aire colado.

Este dibujo pertenece á la colección que debemos á la galantería del señor Engelke.

Dibujos de Davegno

LA GUAIRA: LA PÓLVORA, EL VIGÍA, CUARTEL DE LA ALAMEDA

Ya han tenido nuestros abonados la oportunidad de conocer algunos dibujos de otro género, de nuestro amable colaborador señor Davegno. Hoy tenemos el gusto de ofrecerles algunas copias del natural de conocidos sitios de La Guaira, obra del propio autor, y donde puede admirarse la verdad con que los referidos lugares han sido trasladados al papel por la pluma de nuestro amigo Davegno, á quien quisieramos llamar nuestro compatriota por el amor que sabemos profesa á nuestra tierra.

Hero y Leandro

Nada hay que añadir, después que tanto se ha dicho del conocido cuadro de Keller que representa á Hero en el momento de descubrir el cadáver de su amante.

Envidiable privilegio del verdadero artista, ese de hacer pasar un asunto por puente de flores de la impresión á la expresión!

Bartolo

Herrera Toro viene á refreshar en nuestra memoria el casi olvidado tipo de Bartolo Apellaniz, el acrisolado, cuyos dibujos de carbón han desaparecido ya de las paredes de nuestras casas, y cuya voz no se escucha en las esquinas, declamando aquellos sermones que merecían los honores del taquígrafo. Hay mucha verdad y gracia en éste, como en todos los dibujos de este género de nuestro inteligente artista.

BELLEZAS DE FLORA

Á GEORGINA

¡Cuán gratas y serenas corren las horas en el campo, al aire libre, en medio de las innumerables bellezas con que la mano pródiga de la naturaleza se ha complacido en dotar á los reinos orgánicos! Viviré imperecedero en mi memoria el recuerdo de un día, día feliz, en que olvidando las inquietudes de la vida, me entregué todo á gozar del inefable placer de contemplar á aquella madre bienhechora que me cautivaba por sus más hermosas obras, las flores y las mujeres.

Era una deliciosa casa de campo. Habíamos ido á pasar en ella un día de recreación, unos cuantos caballeros que acompañábamos á algunas damas, las más de ellas jóvenes y aún niñas. La casa estaba situada en medio de una planicie, con un bellísimo jardín por delante, una hermosa huerta á los costados, y un espléndido bosque por el fondo. Cubría el frente de aquella poética mansión, dejando apenas lugar para la entrada, una magnífica buganvilla que trepaba, á favor de sus poderosos sarmientos, hasta extenderse por el techo, y ostentaba entre el oscuro follaje, sus lindas y violadas flores.

El jardín, de forma circular, estaba rodeado por una artística verja en la cual se entrelazaban, una enredadera con vistosas corolas de un rojo más brillante que la púrpura de Tiro; un convolvulus que matizaba el verde de sus hojas con sus tiernas y celestes campá-

nulas, y el gelseminum que cual soles lucía sus estrellas de oro. De trecho en trecho, la verja estaba sostenida por columnas por las que ascendían, como para aspirar la luz, los tallos trepadores de la tumbergia, cubiertos de hojas, y de flores azules.

El jardín era una riquísima colección de las flores más exquisitas. Los lirios abrían sus pétalos á las caricias del aura, y las azucenás se levantaban majestuosas como para recibir en su seno los efluvios vivificadores del sol. Los claveles hacían ostentación de sus variados matices, cual aquellos antiguos reyes cubiertos de deslumbrantes ropajes, y la violeta embalsamaba el aire, y ocultaba modestamente sus encantos debajo de las hojas. Allí, en amigable consorcio, de sus donosas galas alardeaban, las dalias, miosotis, polianthes, jazmines, plumbagos, fuccias, glicíolos, dracenas, gardenias y abutilón. El pensamiento y la adormidera luchaban por conseguir el premio de la belleza. Los nardos y amapolas á porfia embriagaban los sentidos con su aliento perfumado; y la rosa y la magnolia se disputaban el imperio del verger. En medio de tanta suntuosidad crecía la timida sensitiva, como para mostrar que sin el pudor nada valen los encantos exteriores.

Dos puertas laterales comunicaban la casa con los dos departamentos de la huerta. Se llegaba al de la derecha á través de una avenida cubierta por hermosa vid que de sus verdes pámpanos numerosos racimos suspendía; y al de la izquierda, cruzando otra avenida cuyo techo estaba formado por una pasionaria de verdor lozano, y que de sus sarmientos trepadores colgaba nectáreos globos y franjadas flores, como dijo el príncipe de los poetas venezolanos. En la huerta crecían frondosos mangos de delicados y amarillos frutos que resaltaban sobre el verde oscuro del follaje; y al lado se velan esos arbustos que llevan manzanas de oro y flores perfumadas en forma de estrellas blancas, y que la mitología clásica hacía venir del jardín de las Hespérides. Las mil y más frutas de los climas intertropicales recreaban allí la vista y el olfato, y excitaban el deseo de templar el calor del día con sus jugos refrescantes.

En el bosque como si se hubiese querido imitar las selvas vírgenes de la Guayana. Árboles gigantescos se elevaban á tan corta distancia unos de otros, que confundían sus copas construyendo una bóveda que era apenas atravesada por los rayos solares. La banisteria dorada, la vainilla olorosa, las lianas, pasifloras, aroideas y otras plantas trepadoras, cubrían los troncos, se enrollaban, se adherían y subían hasta por sobre la cima de los árboles, como para aspirar aire, recibir el calor y la luz solares, y esmaltar con sus flores el follaje. Al pasar de uno en otro árbol formaban magníficos festones de multiplicados colores, verde, blanco, amarillo oscuro, rojo brillante, rosado, violeta y azul de cielo. En la bifurcación de los ramos mostraban sus caprichosas formas y vividos colores las flores de las orquídeas, haciendo contraste con la fresca verdura del draconium y de muchas otras plantas. En aquella sombría mansión el alma se sentía llamada al recogimiento y á la consideración del infinito poder del Soberano Ordenador de los mundos.

¡Día inolvidable! En medio de tal lujo de vegetación, de tanta exuberancia de vida, el espíritu extasiado se encontraba perplejo sin saber que admirar más, si la riqueza de los colores y los perfumes vegetales, ó el esplendor de las innumerables mariposas que remolineaban entre las flores, ó el zumbido continuo de los insectos, ó el alegre gorgeo de las aves, ó el susurro del céfiro entre las hojas. Había, empero, allí, en aquel día, algo muy superior á todo esto; había un coro de jóvenes doncellas, que corriendo entre las matas, los arbustos y los árboles; mezcladas, confundidas, casi identificadas con las flores, parecían las ninas de Calíope en medio de los bosques perfumados de su isla, ó el cortejo de Demeter cuando presidía á las fiestas de la agricultura: eran verdaderamente aquellas niñas, las deidades del verger.

Poderosa es la simpatía que las plantas nos inspiran. Nadie puede pasar indiferente ante los

cuadros que la vegetación despliega á nuestra vista. Las flores presiden necesariamente las fiestas de las épocas felices de nuestra vida. Flores han adornado nuestra cuna y flores cubrirán nuestro sepulcro. Por eso los mayores genios de todos los tiempos se han complacido en cantar á esta bella mitad de los seres vivientes. Los libros sagrados nos hablan de las plantas cultivadas por los primeros hombres. Homero las canta en su lira; y muchos otros han celebrado en inimitables versos el placer de los campos y el encanto de las flores. Hesiodo, Teócrata, Lucrécio, Virgilio, Horacio, Ovidio, Tibulo, Claudio. En la literatura moderna las plantas han inspirado muchísimos poetas: el Tasso, el Ariosto, Metastasio, Darwin, Pope, Thomson, Gessner, Rapin, Saint Lambert, Parny, Delille, Roucher, Castel, J. J. Rousseau, Bernardin de Saint Pierre, Fray Luis de León, Rioja, Garcilaso, F. de la Torre; y en nuestros días, Víctor Hugo, Lamartine y nuestro inmortal Bello.

Georgina: Si esta flor que he querido colocar en tu álbum no es de tu agrado, ten presente que es muy difícil encontrar una que te iguale en belleza y elegancia.

R. Villavicencio.

EL SEÑOR DOCTOR JUAN CUELLO

Atrevido es el empeño!

¿Cómo ha de ser biógrafo de una entidad científica quien apenas si puede dar forma al pensamiento, en inconexos párrafos ó en estrofas que llevan en sí mismas la justificación de los desdenes del Parnaso?

Atrevido es el empeño!

Disculpable, empero, en uno de los hijos de aquél suelo en donde viven, con unión perpetua, la franqueza y la verdad; en donde están hospedados, como en casa solariega, la fraternidad y el patriotismo, y en cuyas playas, que no conocen la quietud, murmura con amor el poderoso mar el nombre celeberrimo de Vargas.

Huélgome, por lo tanto, de ser en la ocasión el intérprete del sentimiento de *EL COJO ILUSTRADO*, al presentar á sus lectores el retrato del señor Doctor Juan Cuello.

Cuello es guaireño, y de aquí mi entusiasmo al recordar sus triunfos.

Porque yo también nací á la orilla de aquellas playas, y me reputo, por ello, partícipe en las glorias de aquellos de que La Guaira ha sido cuna. Será puerilidad; pero es lo cierto que me siento más alto que mi tamaño, cuando se trata de los méritos de un guaireño.

No parece sino que la Providencia quiso mostrarse justiciera y reparadora: negó á La Guaira los dones naturales de que ha sido pródiga para con otros pueblos; pero le concedió, en cambio, la honra de ser cuna de hombres eminentes.

El padre del señor Doctor Juan Cuello, Don Gregorio Cuello, miembro importante del comercio de La Guaira, que vive aún tan cargado de años, como de merecimientos, quiso encaminarlo á la profesión que él honradamente ejercía; y á este fin, con el asentimiento de su compañera, señora Doña Carlota Badaracco, mujer de clara inteligencia, lo envió á Europa, á la edad de once años, para que adquiriera allí los conocimientos necesarios en la carrera á que lo dedicaba.

Ya en Europa el niño, se mostró rehaciéndose á los cálculos del mercantilismo, porque aspiraba á algo más elevado; y se mostró dispuesto á las especulaciones de la ciencia, porque la naciente luz de su espíritu le anticipaba las claridades del porvenir.

Así, en el año de 1852 ingresó en la Escuela Latina de Altona, en la cual permaneció hasta 1860.

Pasó de allí á la Universidad de Heidelberg, y dos años y medio después, pasó á la de Berlín, donde, con aplauso de sus profesores Virchow, Traube, Frerichs y Langenbeck recibió el grado de Doctor en medicina.

Graduado ya, estuvo algún tiempo al lado de

A. von Graefe, celebridad científica, de quien se separó para ir á Viena con el objeto de profundizar la oftalmología bajo la dirección de Yaeger y Mauthner, notables especialistas en este ramo de las ciencias médicas.

Trasladóse á París y luego á Londres, en 1865, en solicitud de los raudales que su sed de ciencia perseguía.

No había tenido Cuello, á la verdad, el propósito deliberado de dedicarse en absoluto al estudio de las enfermedades de los ojos, como que había de venir á Caracas, residencia de sus padres, cuya población, relativamente escasa, no puede ofrecer halagador estímulo á ningún especialista.

Su intento no fue otro que estudiar con aquellos célebres oculistas para apoderarse de los



secretos de la ciencia; pero lo alentaron más y más ciertas frases del eminentísimo Yaeger, cuyos sabios consejos lo impulsaron á dedicar preferente atención á la oftalmología.

Persona respetable que residía en Austria, en aquellos años, refiere que el célebre Mauthner daba á la sazón en Viena un curso práctico de oftalmología y que tomó á empeño mostrar á Yaeger, maestro de aquél, las aptitudes de Cuello, su distinguido discípulo; empeño que vió cumplido por el brillante éxito que alcanzó el joven médico en la operación de algunos enfermos en presencia de numeroso concurso de hombres eminentes.

Yaeger, el célebre oculista, le estrechó la mano y le dijo estas palabras: "Acabo de ver que la naturaleza le ha dotado á usted de condiciones especialísimas para practicar con cabal acierto este difícil ramo de la ciencia. Está usted 'pues en el deber ineludible de ponerlas al servicio de la humanidad, y yo lo exijo á 'cumplir ese deber.'

Y el joven médico, sin abandonar la práctica de los diversos ramos que forman el conjunto de la ciencia de Hipócrates, dedicó mayor atención á esa facultad beatífica por razón de la cual surge la luz en el caos del infeliz condenado á las tinieblas.

Ya hemos tenido ocasión de ver aquí en Caracas la exactitud del pronóstico de Yaeger, pronóstico cumplido, puesto que el Doctor Juan Cuello se hizo notable muy luego en Venezuela.

Recibido en nuestra Facultad Médica, á su llegada á Caracas, entró con paso firme en ejercicio de su profesión en todos los ramos de la ciencia, y muy especialmente en las enfermedades de los ojos.

Ya he dicho que la Universidad de Berlín le confirió el grado de Doctor en Medicina, y debo agregar que, por lo tanto, el señor

Doctor Juan Cuello, es médico alemán, si bien aquí revalidó sus títulos.

Esta circunstancia me sugiere una reflexión que no me parece inoportuna.

En las Universidades europeas no se obtiene título alguno, sino por razón de aptitudes comprobadas en rigoroso examen. Podrá relajarse este rigor alguna vez, en casos determinados—como que en todas partes cuecas habas—pero claro es que esa relajación no puede ser sino en favor del hijo de alguna notabilidad política, y nunca en favor de un extranjero, hijo de un comerciante de La Guaira.

Si pues obtuvo la bolla en la Universidad de Berlín, forzoso es creer que no la debe al favor, como suele suceder en otros países, sino á su indiscutible suficiencia.

Y qué mayor satisfacción para un venezolano! Médico de la Facultad de Berlín; de Berlín, la patria del Gran Federico, del filósofo Baumgarten y del poeta Canitz!

Los hechos son siempre más elocuentes que las palabras, y, con tal motivo, séame permitido mencionar las numerosas operaciones practicadas por el señor Doctor Juan Cuello, siempre con éxito admirable.

Larga es la nómina de las personas que, tras larga noche, han visto lucir plácida aurora y han vuelto á ver el bello azul del cielo, la esmeralda móvil de los prados, la maravilla del firmamento, la faz del sér querido.

Demos á conocer los nombres, si no todos, los más notables.

Entre los operados figuran:

El señor Nicanor G. Linares, el señor Francisco Acosta, (hermano de nuestro célebre médico Doctor Eliseo Acosta) cinco personas de nombre López, familia de Guarenas y dos señoras Acosta, todos de una sola casa! El señor Lino Clemente, el señor Maximilián E. de Martín, el señor Doctor Tomás Gedler, la señora hermana de Monseñor Ponte, la señora madre del señor Doctor Muñoz Tébar, la señora Magdalena Echezurza de Madrid, los hermanos Francisco y José Marmol, la señora Belén de Díaz, la señora Margarita Osio, el señor Doctor Francisco Castro Lucena, la señora madre del señor Doctor Nicanor Bolet Peraza, el señor Roberto Conn, [que fué Cónsul inglés en Puerto Cabello] el señor Pablo Loaiza, la señora Elena Ardenson, el señor Doctor Bartolomé Salazar, la señora Inés Viso, el señor Doctor J. M. Hurtado; [de La Victoria] el señor Hilario González, cuyo padre había sido operado con buen éxito por el mismo Cuello veinte años antes, el señor José Izquierdo, el señor Vicente Rodríguez, una hermana del señor Doctor Filomena, el señor Gregorio Sánchez [de Valencia] el señor Schmidt, alemán de 85 años de edad, el señor José Fabiani, comerciante de Panamá, los señores Antonio Guruceaga y Antonio Pinto, de Valencia, el señor Epifanio Salazar, de Barcelona, el señor Juan José Navarro, de Ciudad Bolívar, dos hermanos del señor Nicolás Gil, de Coro.

Basta, basta!

Difíciles operaciones de otro orden ha practicado también el Doctor Cuello, coronadas todas por el más feliz éxito; y entre ellas merecen especial mención la resección del maxilar superior y la del inferior, la de la hernia estrangulada y otras de alta cirugía.

Su crédito como facultativo es, pues, ilimitado y la confianza que inspira está en razón directa de su crédito. Por eso es numerosa su clientela. Y todo ello pone de manifiesto su acierto, y su eficacia y la plenitud de su ciencia.

El Dr. Cuello, como hombre privado, tiene el dón de gentes. Apacible por índole y por educación, dejó siempre en el ánimo recuerdo grato. Expansivo siempre, sin locuacidad impertinente; afable, pero circunspecto, sabe cautivar las voluntades y sabe acendar el afecto en el corazón de sus amigos.

EL COJO ILUSTRADO se complace en presentar el retrato de este célebre guaireño, que así es consuelo de la humanidad doliente, como gloria de la Patria y orgullo de su pueblo nativo.

J. J. BRECA.

EDIFICIO DEL COLEGIO DE NTRA. SRA. DE LOURDES EN VALENCIA

Está situado en uno de los lugares más sanos de aquella ciudad, al lado del Asilo de Huérfanos, y con frente á la Avenida de Camoruco. Es suficiente para CIEN alumnas internas, y reúne las mejores condiciones higiénicas con todas las otras propias para su destino.

Su jardín de entrada, y la altura de su piso sobre el de dicha Avenida, lo preservan del polvo y de los ruidos del exterior; y su dirección general de Oriente á Occidente, su circunvalación por tres de las calles de la ciudad, su consiguiente exposición á los aires del Norte, y sus tres patios principales, rodeados de claustros y cubiertos de jardines, aseguran la ventilación y el fresco en todo el interior.

A los dos lados del vestíbulo están las salas de recibo.

El ala derecha del edificio está formada por tres salones dormitorios, con ventanas bajas hacia los claustros y con claraboyas altas hacia la calle, comunicados entre sí por grandes puertas centrales para facilitar la vigilancia durante la noche. A sus costados están alineadas y bien espaciadas las cien camas uniformes de las alumnas, con sus correspondientes veladores.

El ala izquierda contiene: las habitaciones de la Superiora y profesoras; tres salas para clases y una para enfermería. Los asientos en las salas de clases son escritorios de estudio, fijos en el piso según tres líneas longitudinales, con calles intermedias, y dando frente hacia el sillón alto de la profesora; todo conforme al arreglo adoptado como más perfecto en las escuelas superiores norte-americanas.

Entre el primero y el segundo patios hay un espacioso salón trasversal, sobre arcos y flanqueado de corredores, que servirá para las labores y recreaciones de las niñas. En uno de los extremos de este salón está el Oratorio, convenientemente cerrado.

Por último, sobre el costado occidental del gran cuerpo del edificio descrito, está el salón comedor, provisto de todo su mobiliario.

Los departamentos del servicio se extienden hacia el Sur, independientes por completo del cuerpo principal del Colegio. El de servicio doméstico, con salida especial para la calle, contiene las habitaciones y todas las dependencias propias de su destino; y no se comunica con el cuerpo principal sino por un pasadizo que da al comedor. El departamento de aseo de las niñas, al cual conduce otro pasadizo independiente, está formado: por el salón de vestuarios en que hay cien escaparates roperos, uno para cada alumna; la galería de los lavabos; y la galería de los baños y otras dependencias. De esta última se pasa al terreno destinado á un parque, para recreo en las horas convenientes.

Este Colegio fué establecido por la Junta Directiva del Asilo de Huérfanos de aquella ciudad en abril de 1891.—Pero en este año de 1893 entró en una nueva era de su existencia; en un magnífico edificio construido expresamente por él á esfuerzos de respetables caballeros de aquella sociedad que merecen todo aplauso.

En otra oportunidad publicaremos otras vistas importantes del edificio que no hemos podido obtener para este número, y que darán completa idea de aquella importante obra.

La Junta Directiva actual la componen los señores: Lino J. Revenga, Luis Febres Cordero, P. Castillo y J. A. Unda.

CITEREA

Á ALIRIO DÍAZ GUERRA

Es la éra de los besos estivales.
Es la hora en que se duermen las falenas,
Y surgen los tritones y sirenas
De sus grutas de nácar y corales.

Mirrino olor de pomas edenales
Vierten las frondas de murmullos llenas.
En su alburia ideal, las azucenas,
Recuerdan los ensueños virginales.

Crece la luz. Sus turgidas espumas
Destrenza el mar en rósea lontananza,
Cual perlas de mirificas Golondras.

Rásganse los cendales de las brumas,
Y, como del dolor nueva esperanza,
Emerge Venus de las glaucas ondas.

ABRAHAM Z. LÓPEZ PENHA.

Barranquilla: 21 de julio de 1893.

EL DOCTOR J. G. HERNANDEZ

He aquí un hombre que tiene una cualidad digna del mayor elogio.

—Es un médico que habla bien de los otros médicos.

Aunque no fuera más que por esta rareza, yo le daría un elevado puesto en la Facultad, como se lo tengo dado en mi afecto y consideración.

Pero en ello no hago ninguna gracia. ¿Quién que trate al Doctor Hernández puede libertarse de estimarlo?

Me encanta el hombre que no se da cuenta de sus méritos, tanto, como me desagradan esos otros que andan reclamando los homenajes de todo el mundo sin merecerlos.

Hernández ha hecho sus estudios en Caracas y en París, mereciendo siempre notas muy honrosas.



Sabe todo lo que puede saber un hombre que ha empleado sus 26 años en aprender.

Pero sabe además, una ciencia que no se aprende en ninguna academia.

—Sabe hacerse amar.

Nació con aquella benevolencia natural que atrae todas las voluntades—con aquella cortesía ingenua, que impone recíproca consideración, y con aquella austeridad humilde, que exige respeto, como toda virtud positiva.

Como médico, llegará á ser una celebridad—su reputación está formada: le falta el agente *tiempo* para extenderse.

Le falta también un lance de fortuna.

La fortuna es como un relámpago que ilumina en un instante todo lo que estaba entre sombras.

Cuantas reputaciones inmerecidas se han formado con un centelleo de la casualidad! . . .

Si el Doctor Hernández no fuere favorecido por la diosa de los caprichos, le bastarán su constancia y su valor intrínseco para vencer.

Ese joven tiene un gran porvenir, si no resultare mentira que hay lauros reservados para el mérito.

Ah! en esta tierra todo puede ser mentira!

EL COJO ILUSTRADO me ha pedido una biografía del Dr. Hernández para acompañar su retrato.

Yo no he ido á buscar su fe de bautismo: me basta saber que nació de padres muy honorables en el Estado Los Andes.

El hombre vale por sus obras.

Los hijos tienen el deber de reflejar honra sobre sus padres.

Desgraciados aquellos que se consumen en una vida estéril, sin más merecimientos que los de sus antepasados!

Tampoco sé fijamente en qué pueblo nació.

Los hombres que se consagran al noble apostolado de la medicina pertenecen á todos los pueblos: su patria es este inmenso valle de lágrimas que se llama el mundo.

Sacerdotes del Dolor, van caminando por entre los ayes de la humanidad y sus hermanos son todos los que sufren.

F. DE SALES PÉREZ.

Julio, 1893.

FRANCISCO FERNÁNDEZ PAZ

Hemos venido retardando escribir los datos biográficos de quien fue bueno y fiel amigo, porque deseábamos que se alejaran de nuestro espíritu las sombras de dolor y de tristeza que nacieron á raíz de su prematura muerte.

Hoy, si no menos vivo el recuerdo de aquel cariño, si más sereno nuestro juicio, haremos memoria de las virtudes y talentos de quien, como FERNÁNDEZ PAZ, mereció siempre el aprecio de todos los que supieron penetrar hasta el fondo de sus íntimos pensamientos, y descubrir en su corazón firmes impulsos de nobleza, y en su cerebro ideas de alto numen.

Nació FERNÁNDEZ PAZ en la ciudad de Valencia el día 15 de febrero de 1856, siendo sus padres el Doctor José Antonio Fernández y la señora Sebastiana Paz. A la edad de siete años fue por primera vez á Europa con sus progenitores, residiendo en la capital de Cataluña tres años, lugar donde comenzó á estudiar primeras letras. A su regreso á la ciudad natal recibió la educación de segunda enseñanza, y más luego comenzó sus estudios de matemáticas; viniendo á Caracas en seguida á perfeccionarlos, y á recibir de la Universidad Central su título de agrimensor público. Contaba entonces 18 años de edad, y á los 19, fecha de su regreso á Valencia, comenzó á ejercer con éxito y creciente crédito su profesión de ingeniero.

En parte por herencia de sus padres—personas de cabal honradez y clara inteligencia—y más aún por su decidida consagración al estudio y su incesante anhelo en descubrir el velo de toda verdad científica, alcanzó FERNÁNDEZ PAZ el mérito, á su edad por pocos igualado, de formarse un criterio propio acerca de todas aquellas cuestiones que en las diversas ramas del saber humano agitan y preocupan al filósofo.

Pero si bien eran de envidiar sus conocimientos en ciencias exactas y sociales, sostenidos por sólidos principios y alimentados por buena y variada lectura, se distinguía por cima de todo nuestro amigo, como poseedor de riquísimo don en materias artísticas; una á modo de propensión natural, de prescencia instintiva que le guibia con pasmoso acierto á descubrir en la obra de arte, bien el punto de cardinal belleza, bien sus desérmitos estéticos; instinto éste que se revelaba hasta en su vestir, en sus modales de perfecto caballero, y en todas sus acciones. Propensión innata, repetimos, porque si bien es cierto que FERNÁNDEZ PAZ adquirió durante su madurez aquellos principios más ó menos exactos que sirven de guía para el estudio y contemplación de las obras maestras del arte, notábase en él sin embargo decidida inclinación á emitir juicios propios, lo que implicaba de hecho que eran sus naturales instintos, más que los preceptos ó reglas de los libros, los que le guíaban al establecer concepto acerca de las creaciones de las Bellas Artes.

En presencia de una obra artística, no sólo gustaba disertar respecto al modo cómo fue realizada, sino que se complacía en establecer paralelos y notar diferencias entre ella y las otras de su misma especie; y no reducía su estudio á la simple emisión de su parecer, sino que también empleaba en sus viajes el método científico de levantar planos de las obras arquitectónicas que tenía á la vista, y diseños y croquis de las pictóricas y esculturales. Muchos estudios ha dejado el buen amigo de los grandes edificios de Europa; y entre ellos, recordamos que siempre nos hablaba con cariño del que había hecho de las principales catedrales del mundo católico. Dada la desidia venezolana



Y triste más que otras, la del jóven combatiente. Porque con él se hundieron en la nada muchas fundadas esperanzas. Que no era ese adalid de aquellos que van al campo de batalla luciendo los únicos arreos de personal valor, sino de los que saben blandir la noble espada á impulsos de honrada fe en los principios del Derecho, y ofrendan á la causa que defienden, no solo la sangre de sus venas sino el jugo sacrosanto de la inmortal Idea. Que luchar con denuedo en los combates, no es caso singular en esta tierra de valientes; mas si es presea de alta honra destruir con la espada al enemigo de la Ley, si al brazo sirve de guía el pensamiento . . . Y bello y grande fué el espíritu de FERNÁNDEZ PAZ.

Vivirá el nuestro recordando siempre con dulce tristeza la memoria de quien fué buen amigo y buen patriota.

M. R.

MONÓLOGO

LA HUÉRFANA

Madre! ¿Por qué esa palabra despierta en mi alma algo así como un mundo de recuerdos, recuerdos dulces como promesas de esperanzas, melancólicos como los adioses de eterna despedida? Madre! ¿Por qué esa palabra resuena en mis oídos como música misteriosa, que conmueve mi espíritu profundamente, ya inundándome en ondas de dicha inefable, ya sometiendo mi corazón á amarguras y tormentos? Madre! ¿Por qué esa palabra tan sencilla, que pronuncian todos los labios y que escuchan todos los oídos, es para mi corazón tristísima melodía que me habla un lenguaje que no comprendo pero que mi alma siente? Madre! madre, dice el niño sonriente, y corre á refugiarse gozoso en los brazos de una mujer; y yo, infeliz de mí! al oírlo, siento vibrar todas las fibras de mi corazón, siento que se exalta mi espíritu, y que anhelante mi alma se lanza en pos de algo que ella no conoce, pero que la atrae. Madre! esa palabra siempre me sorprende, siempre me conmueve, siempre me hace pasar por emociones profundas. ¿Será que ella trae á mi mente recuerdos inefables de una época misteriosa, que yo no conocí, pero que sí vivió mi espíritu? ¿Será que la madre que nos dió la vida, al morir, ocupa junto al huérfano, el puesto de ángel custodio, y nos hace sentir el calor

de su amor santo? Yo no conocí á mi madre: voló al cielo dejándose en la cuna: no sé lo que es madre; nunca probé el néctar dulcísimo del amor maternal: nunca sus caricias amorosas deleitaron mi sé; la luz divina de sus miradas jamás iluminó mi semblante; sus labios nunca se posaron en mi frente, ni sus palabras me bendijeron jamás. Pobre huérfana! mi cuna era fría como sepulcro, porque no la abrigaban las miradas maternales: mi infancia fué época triste, porque en esa edad, la madre es dicha única: mi juventud carece de encanto, porque no tengo el pecho de una madre en donde reclinar mi frente, para enaltecer mi alegría, aliviar mis dolores, confortar mi virtud y aumentar mis fuerzas. Yo no lo sé, pero siento que una madre, debe de ser fuente de consuelos, tesoro inagotable de alivio para su hijo. Madre! madre mía, he ahí dos palabras que no puedo pronunciar, porque en mis labios nada significan. Ah! por qué viven los hijos sin madre? La mía, me llevó en su seno hasta colocarme en las ondas veleidosas del torrente de la vida, y se quedó en la orilla, reclinada en el lecho del eterno descanso. Mis ojos no han visto sus miradas, mis oídos nunca oyeron el eco de sus palabras: no sé lo que es una sonrisa maternal, ni he sentido el calor divino de las caricias de una madre . . .

Yo si he conocido el afecto puro, he paladeado las dulzuras de la amistad; á mí nunca me faltó la noble protección de amorooso padre: yo me enorgullezco de haber conquistado el afecto generoso de mis maestros, la amistad de mis condiscípulas y el aprecio de los que me rodean; pero en mi corta existencia, nada ha podido dar á mi alma idea de lo que es una madre . . . Y sin embargo, esa idea, falsa ó real, vive en mi espíritu por sobre toda idea, brilla en mi alma como único sol, palpita en mi pecho como único poder vital. Sí, no conocí á mi madre, pero la siento: la suerte me robó sus caricias, pero las adivino: el destino me privó de su amor purísimo; pero en mi pecho hay un altar en donde le rindo culto sin quererlo quizás, culto constante y fervorosa adoración.

Ah! vosotros los que tenéis madre, vosotros que miráis su rostro adorado; vosotros que os embriagáis en las dulzuras de las sonrisas maternales, vosotros que os confortáis

y la indolencia nuestra para toda obra de inteligencia; ¿no sería justo, aunque muy triste, confesar que esos estudios de FERNÁNDEZ PAZ yacerán para siempre en el olvido? Y lástima grande que no se den á luz esos trabajos, que ellos, cuando menos, servirían de ejemplo á la juventud anhelosa de saber, y prueba evidente de que, si muy pocos, hay venezolanos que supieron visitar las capitales del mundo civilizado, no por el vano prurito de hartarse de impúdicos placeres, sino que convirtieron sus viajes en peregrinación de estudio y de cultura intelectual.

De sus viajes y de sus trabajos, deja FERNÁNDEZ PAZ en sus obras recuerdo imperecedero; porque testigos de su ciencia y elevado gusto son las obras de arquitectura e ingeniería que adornan las plazas y calles de su ciudad natal; entre las cuales recordamos la Quinta de Iturriza; la casa de Llanos; la de Calafat; el Matadero; el plano de la plaza de Bolívar; la maquinaria para construcción de muebles finos, etc., etc. Hijos estos de su inteligencia y saber que proclamarán siempre muy en alto el nombre esclarecido de su autor, y los que siempre recordarán con gratitud el heróico pueblo en que vió la luz el malogrado amigo.

*

Junto á su condición de artista, ó quizás de ella nacida, brilló siempre en el querido muerto su grande amor por la justicia y por la patria. Prueba de ello la dió FERNÁNDEZ PAZ desde temprano; que siempre que la Ley se sintió menoscopiada, acudió él antes que nadie á protestar con las armas en la mano contra la violación del Derecho, retirándose el último de la lucha. Así le vimos figurar muy joven en la Revolución Reivindicadora, donde formó entre los buenos, peleando con bravura en el sitio de La Victoria, al lado del bizarro jefe Manuel Castrillo Cortés, y mereciendo en el mismo campo de batalla, por su valor y pericia táctica, su ascenso al grado de Coronel. Y poco ha, cuando la absurda pretensión de lo que ha dado en llamarse *El Continuismo*, llegó entre los primeros al campamento revolucionario, lugar en que se citaron los defensores de la Ley, y que fué el de su tumba. Despues de recorrer FERNÁNDEZ PAZ, todo el ciclo de combates, desde el alzamiento del General Crespo en *El Totumo*, hasta el de la retirada de *El Guayabo*, fué de orden superior á desempeñar una comisión militar de importancia; cumplióla, y al regreso de ella, al atravesar á nado el río de San Juan que se hallaba crecido, la espantosa corriente lo envolvió, dando fin á sus días en la noche del 21 de julio del año próximo pasado. Refieréndonos que su noble corazón tuvo tiempo, aun en medio de la funebre lucha con las ondas, para salvar la vida de sus compaferos, advirtiéndoles del peligro. Generoso instinto de quien mereció por sus virtudes más gloriosa muerte!



CALLE DEL COMERCIO. — Maracaibo [Venezuela]

al calor de sus miradas, vosotros que oís sus palabras, que recibís sus bendiciones; vosotros que tenéis para reclinaros un seno en que todo es fuego benefactor y luz de alegría; vosotros que poseéis oídos siempre dispuestos á escuchar vuestras quejas; vosotros que contáis con manos siempre prontas á curar vuestras heridas; vosotros, que en la madre tenéis fuente de consuelo para toda pena, alivio para todos los dolores, tolerancia para toda flaqueza, perdón para toda caída, y amor, y amor infinito, amor puro, amor santo, amor de madre, en fin; vosotros los que tal felicidad alcanzáis, sabedlo, no, no amáis tanto á vuestra madre, no podéis amarla tanto como la adora en el fondo del alma el huérfano infeliz

Y sabéis por qué? Porque ese es tesoro, que es necesario contemplar, así como lo ve mi alma, al través de ese prisma oscuro de la orfandad

Sí, es necesario no tener madre: no haberla conocido, tal vez, con los ojos del cuerpo, para saber lo que vale ese misterioso sér, que desde las impenetrables regiones de la eternidad, está unido á nosotros por lazos que nada, ni nadie alcanza á romper: es preciso echarla de menos en la cuna: no hallarla á nuestro lado en la infancia, y sentir su ausencia en la juventud; para saber lo que una madre es: es necesario haber llorado lejos de ella y haber solicitado en vano consuelo en las penas: es preciso, no haber encontrado refugio en el corazón maternal en las horas tristes: es preciso haber solicitado en balde mano amiga que nos guie con noble hidalgüía en las noches de la duda, ó un piloto que nos inspire plena confianza en las tempestades del desengaño, para saber estimar lo que una madre puede, lo que una madre promete

Nadie puede estimar mejor las dulzuras del agua cristalina, que el sediento que atraviesa los arenales tostados del desierto. Sí, nosotros, los que no tenemos en el de la madre el mayor de los afectos; los que sin ella, nos encontramos privados del más generoso de los protectores, del más sincero de los amigos, del más sublime de los amores: nosotros, los huérfanos, quizás seamos los que rendimos á la madre culto más fervoroso y más constante . . . Yo no te he visto nunca, madre mía; y sin embargo, apenas si habrá hijos, de esos que tienen madre, que hayan conservado su alma más cerca de ella, que lo que mi espíritu ha estado siempre junto al tuyo corriendo tras de tu sombra . . . Tú, madre mía, me abandonaste al comenzar el combate de mi existencia; pero mi corazón ha seguido junto á ti en esas regiones misteriosas de impenetrable sombra. Rodeada de niños que tienen madre; yo he vivido, vivo, y viviré luchando en mi espíritu por dar forma á esa idea sublime que en mi corazón ocupa tu puesto. Ah! si al menos yo te hubiese visto un día, si al menos hubiese oído tu voz ó sentido el calor de tu aliento, poseería el placer del recuerdo, para llenar este inmenso vacío que hace tristes mis días, y largas, muy largas mis noches. Mis noches! Ah! cuantas veces en ellas, siendo niña, veía en sueños á una mujer bella, vaporosa y atraelante que se acercaba á mi cuna, descorriá las cortinas, me miraba amorosa y me besaba en los labios . . . Madre mía, decía yo entonces, y despertaba, para no ver en torno mío, sino sombras . . .

y soledad . . . y silencio . . . Otras veces, creía contemplar cerca de mi lecho un ángel que despedía luz resplandeciente, y cuyas alas blancas se extendían sobre mí, como para protegerme de grave peligro; y yo era feliz, muy feliz, porque en ese ángel te creía ver á tí, madre adorada . . .

En las noches de esos días en que Dios me había concedido sus favores, ya obteniendo un premio, ora alcanzando uno de esos triunfos que el arte me ha brindado, yo, en sueños también, creía contemplar una matrona hermosísima, en cuyo semblante se reflejaba la dicha y cuyas sonrisas revelaban alegría, orgullo y satisfacción, acercarse á mi lecho, mirarme con deleite, abrazarme amorosa, y cubrir de besos mi frente . . . Es mi madre, pensaba yo delirando, es mi madre que viene á tomar parte en mi dicha y á enaltecer mis triunfos . . . Pero ah! al despertar, y verme sola, sola con mis recuerdos, mi pobre corazón se angustiaba hasta el punto de ver con horror aquellos mismos triunfos que habían constituido mi orgullo y mi alegría. Cuando padecía en mis sueños, miraba un ángel que venía á enjugar mis lágrimas y á confortar mi espíritu; y ese ángel eras tú, madre de mi alma. Ah! cuando al despertar la realidad te negaba, me parecía, no que tú no hubieses estado allí, sino que habías desaparecido, que habías muerto, que me habías abandonado, para siempre y mis lágrimas te lloraban. Ah! Pocos pueden valorar el dolor de la hija que en vano solicita en torno suyo el corazón maternal; nadie aprecia bien las penas que torturan á la huérfana en sus instantes de desfallecimientos: ellas, esas penas, calladas, oscuras y perennes son tan intensas que en mí producirían la desesperación, si no volviese mis ojos hacia el cielo, donde ellos contemplan á María, la Virgen madre, que lo es de los huérfanos . . . Bendita sea!

Julio de 1893.

J. M. MANRIQUE.

AGUAS MINERALES Y TERMALES DE VENEZUELA

(A LA SOCIEDAD VENEZOLANA DE INGENIEROS CIVILES)

Al compilar en un escrito las diferentes noticias que poseemos acerca de las aguas minerales de la República, guáñanos el deseo de que sean conocidas, particularmente en el exterior, esas fuentes con que se muestra pródiga nuestra naturaleza física.

Desde Humboldt, que recorrió gran parte de la región central y Sur de Venezuela, y que dejó consignadas sus observaciones magistrales en su popular obra: *Viaje á las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, hasta la exploración científica de la Cordillera de Mérida llevada á cabo en 1883, por el conocido geógrafo Doctor W. Sievers, muchos se han ocupado de esta materia y dejado las más veces consignadas sus observaciones en hojas periódicas de efímera vida. Por eso nuestra tarea se reduce á copiar aquellos apuntamientos y muy especialmente las extensas observaciones hechas por el señor Doctor Arístides Rojas, nuestro maestro y distinguido amigo, quien se dedicó con creciente espíritu de investigación al estudio de cuanto se refiere á la geo-física de Venezuela.

FRANCISCO DE P. ALAMO.

Die Cordillera von Mérida—(Viena 1888.)

Venezuela es muy rica en aguas minerales, y según el Barón de Humboldt, desde el Promontorio de Páriá, hacia el Oeste por Irapa, Aguas Calientes, Golfo de Cariaco, el Bergantín y los Valles de Aragua, hasta las montañas de Mérida, se encuentra sobre más de 150 leguas de longitud, una serie no interrumpida de fuentes termales.

Lástima da que el mayor número de estas fuentes no sean aprovechadas como es debido, por

falta de establecimientos *ad hoc* y que sólo los haya en Las Trincheras, Guarume y San Juan de Los Morros, sin embargo de que en este último ha sido casi totalmente destruido el estanque ó piscina por incuria y negligencia; abandonando así y haciendo imposible una estancia larga en aquel lugar llamado por la calidad de sus aguas, y su clima benigno y sano á ser una de las principales estaciones balnearias de la República.

Según la composición química de las aguas que trae el *Dictionnaire de Chimie*, por Würtz, hay en Venezuela ya conocidas: (1)

1º *Aguas aceduladas*: caracterizadas por la presencia del ácido carbónico libre en notable proporción. Se podrán colocar en esta clase las aguas de Carrizal, en el Estado Falcón, en razón á la cantidad de ácido carbónico libre que contienen, $\frac{1}{4}$ de su volumen según el análisis de los señores doctores Frydensberg y Marcano, sino fuera que la presencia del hierro hace que queden mejor entre las ferruginosas.

2º *Aguas alcalinas*: caracterizadas por la cantidad dominante de bicarbonatos alcalino-terrosos. También entra en esta clase las aguas del Carrizal, pues tienen por litro 771 miligramos de bicarbonato de soda y 148 miligramos de carbonato de cal, según el mismo análisis. Las aguas del Pozo del Charro cerca de La Guaira, Estado Miranda, abundan, entre otras sales, en carbonato de cal y carbonato de soda; lo mismo las aguas minerales de Germán (2) y de Pozo de Piedra, en el mismo Estado. Las de Guaracarumbo no han sido analizadas, á lo menos que nosotros sepamos; más por su sabor alcalino pronunciado deben ser colocadas en nuestro concepto, en la misma clase.

3º *Aguas cloruradas*: cuyo carácter es tener cloruros alcalinos en cantidad predominante. Las aguas que se llaman de Potentini en Barcelona, capital del Estado Bermúdez, son de esta clase, según el análisis practicado por el señor Teodoro Sturup, en Caracas, pues el único principio mineralizador que se halla en cantidad notable es el cloruro de sodio. Las aguas que arrastra el río de la Asunción, Nueva Esparta, del Estado Miranda, son bastantes saladas; su sabor es el de cloruro de sodio; creemos por tanto que tienen una proporción crecida de esta sal, si bien no han sido hasta ahora analizadas.

4º *Aguas sulfatadas*: que tienen un exceso de sulfatos alcalinos ó alcalino-terrosos. Las aguas de la Quebrada de Gueime, Cloriz, cerca de Guarenas, en el Estado Miranda, contienen una cantidad considerable de sulfato de cal, según el análisis del señor doctor Manuel V. Díaz (3). Lo mismo parecen ser por su calidad las aguas calcáreas de Pozuelos en el Estado Bermúdez y las de una fuente situada en la península de Páriá, del mismo Estado, al norte de la ciudad de Irapa cerca de la hacienda Río-Pobre, según una publicación del señor doctor Dr. Arístides Rojas. El agua de Quenepe en Maiquetía, Estado Miranda, abunda en sulfato de magnesia. (4)

5º *Aguas sulfúrosas*: que se distinguen por la presencia del ácido sulfídrico y de los sulfuros alcalinos. Las más abundantes y mejor conocidas en Venezuela. Como casi todas se señalan por su elevada temperatura, trataremos de ellas cuando hablaremos de las aguas termales.

6º *Aguas ferruginosas*: el hierro es el elemento característico y se le encuentra en el estado de bicarbonato, de sulfato ó de crenato. El agua de Carrizal, en el Estado Falcón, pertenece á esta clase. La que se llama la Guadalupe y que se toma en la fuente de la Providencia, ha sido analizada por los señores doctores Vicente Marcano y A. Frydensberg; es una agua ferruginosa carbonatada, pues contiene carbonato de hierro en la proporción de 318 miligramos por litro (5)

(1) De la obra del Dr. R. Villavicencio. "La República de Venezuela bajo el punto de vista de la geografía y topografía médicas y de la Demografía."

(2) Estas aguas tienen, según el análisis del Dr. Gaspar Marcano, la siguiente composición:

Sulfato de magnesia	0.066	gramos
Cloruro de sodio y de potasio }	0.060	idem.
Carbonatos de soda y potasio }	0.240	idem.
Carbonato de cal	0.086	idem.

Silice Total 0.488 gramos

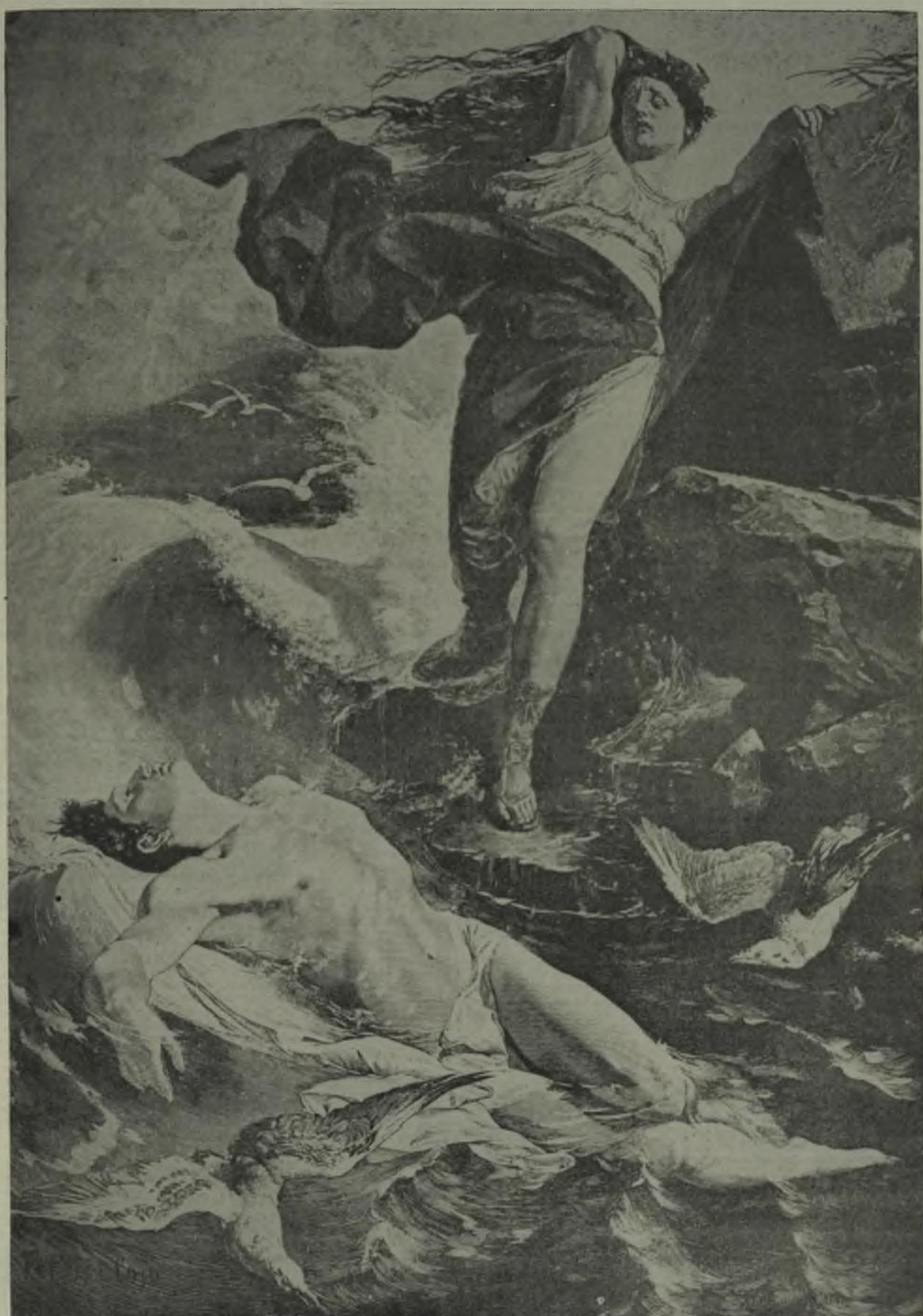
(3) Véase la "Vargasia" órgano de la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales de Venezuela, número 7.

(4) En Maiquetía, hace pocos meses, que se presentaron á flor de tierra en la plaza de El Tamarindo, dos manantiales, cuyas aguas tienen sabor amargo y alcalino.—Puede ser que contengan sulfato de magnesia, porque la composición de las rocas vecinas presenta vetas más ó menos extensas de esta sustancia. (F. de P. A.)

(5) He aquí el análisis químico de estas aguas:

Cloruro de sodio	0	gramos
Sulfato de soda	0	690
Bicarbonato de soda	0	771
Carbonato de hierro	0	318
Carbonato de cal	0	148
Silice	0	375

Total 2 gramos 646 mm.
Cuando se pone en botella, desprende días después 11.41 centímetros cúbicos por litro de ácido carbónico. Es frecuentada sobre todo por los enfermos sifilíticos que han hecho un uso inmoderado de los específicos. Su temperatura es de 30 grados.



HERO Y LEANDRO—Cuadro de Keller

Su uso está bastante extendido en el tratamiento de las dispepsias y de las cloro-anemias y ha dado resultados satisfactorios. Las fuentes están a cien metros de la orilla del mar y sobre una colina que se eleva a 55 metros, poco más o menos en un sitio perfectamente sano, a una hora de La Vela, a veinte y cuatro de Puerto Cabello y treinta y seis de Caracas y La Guaira. Es sensible que en tan buenas condiciones y con una composición química que promete espléndidos resultados no se haya ya levantado un establecimiento cómodo para los bañistas que acudirían allí en tropel a recuperar una salud que en vano reclamaban de otros agentes terapéuticos.

7º *Aguas bromuradas y yoduradas*: que encierran bromuros y yoduros alcalinos en bastante cantidad. No conocemos ninguna fuente en Venezuela que pueda ser clasificada en esta categoría.

AGUA DE GUARUME (8)

Despréndense de la cadena meridional de las que forman el sistema de la cordillera costanera de Venezuela, varios ramales de poca elevación que corriendo generalmente en dirección sur o sureste, forman allí el límite de las vastas llanuras del sur. Uno de estos ramales es la *Galera de Guarume*, donde nacen las aguas cálientes de igual denominación. La roca dominante de la galera es una arenisca ferruginosa de gran dureza; los granos de cuarzo están unidos entre sí por un cemento arcilloso, que contiene pequeñas cantidades de cal y mucho óxido de hierro: este último le da un color rojo más o menos claro. Muy hermosas muestras de esta arcilla se hallan cerca del pozo llamado de *Aciete*, de donde la sacan para usarla en vez de jabón, llamándola jaboncillo de Guarume.

Las fuentes más notables son cuatro que llaman: *El Caldero*, *Las Canales*, *El Uvero* y *El Aceite*. La temperatura es constante y la hallamos en *El Caldero* de 45.05, en *Las Canales*, de 40°, en *El Uvero* de 37.5° y en el pozo *Aceite* de 38°. La densidad se halló a las temperaturas indicadas respectivamente de 0.990; 0.995; 0.997 y 0.999. A la hora de estas observaciones indicó el termómetro expuesto al aire atmosférico en los lugares mencionados 26°; 25°; 27°, 27°, 27 y 25.5°. Entradas tienen las aguas la densidad del agua destilada. La temperatura elevada se debe, como en general la de todas las aguas termales de Venezuela, al calor generado en las capas terrestres por las presiones y tracciones mecánicas que ejercen las unas sobre las otras; no es pues consecuencia de vulcanismo, ni es necesario buscar su causa en el fuego central de nuestro globo. Al salir de la roca, contiene el agua una cantidad bastante notable de ácido carbónico, lo que explica su sabor más agradable en comparación del agua tibia común.

El resultado de los reactivos empleados fue negativo: sólo hemos encontrado una muy pequeña cantidad de cal. Se creía generalmente que las aguas contuviesen mucho hierro, por el sedimento ferruginoso que se observa sobre las piedras que forman el cauce del arroyuelo; pero el examen de las aguas no confirmó tal idea y el escaso limo, ferruginoso debe su origen sin duda a la oxidación ulterior del hierro en el cemento de que hemos hablado anteriormente.

El Doctor Gaspar Marcano dice en el artículo arriba citado: Estas aguas son muy útiles en las enfermedades del hígado, de la piel, del estómago, la gota, la neurosis, etc., haciendo abstracción de las curaciones aparentes debidas a errores de observación o al entusiasmo de los enfermos que, dan observaciones positivas que demuestran la utilidad de su empleo.

AGUAS DE SAN JUAN DE LOS MORROS

Se conocen estas aguas en la localidad con el nombre de *aguas hediondas*, y distan cerca de un kilómetro del pueblo de San Juan de los Morros.

La temperatura de estas aguas según Humboldt es de 31° 3'; Karsten encontró 36° 3' y Ernst en 1874, halló su temperatura de 34° 5', centígrado, siendo la del aire de 25°.

Notase ya a alguna distancia del estanque el olor característico de hidrógeno sulfurado, gas que sin interrupción sale en numerosas burbujas del fondo del agua, el que hallamos formado, por lo menos en la orilla, de arena finísima y substancias orgánicas en estado más o menos avanzado de descomposición. No pudimos determinar con precisión la cantidad de gas que se desprende en un tiempo dado y parece además que esta cantidad no es constante, contamos sin embargo el número de burbujas que se formaron en un minuto y fueron cincuenta por térmico

medio, y como ellas tienen un diámetro aparente de uno hasta dos centímetros, resultaría que la fuente da por hora aproximadamente cinco litros del gas mencionado.

El agua tiene un sabor algo salado y poco agradable. El examen químico dió por resultado la ausencia del ácido carbónico libre, una pequeña cantidad de cal, mayor cantidad de los sulfatos de soda y de potasa y mucha substancia orgánica. De esta composición resulta que las aguas de San Juan se parecen a ciertas fuentes termales de los Pirineos (*Bareges, Eaux chaudes, Luchon, etc.*) Su formación es debida a la descomposición del sulfato de hierro que abunda en los esquistos arcillosos de los alrededores.

La temperatura de San Juan, es muy agradable, seca y cálida; pues de las observaciones practicadas por los ingenieros Casano y Urbano resulta ser por término medio de 26° 5' siendo la altura del pueblo sobre el nivel del mar, según Humboldt de 378 metros y de 390 según cálculos hechos con los mismos obtenidos por los observadores mencionados.

AGUAS TERMALES DE LAS TRINCHERAS

En 1882 dispuso el Gobierno la construcción de un edificio apropiado para los bañistas en este hermoso lugar (7) que dista por ferrocarril hora y media de Puerto Cabello y una hora de Valencia. Este edificio se compone de una gran piscina que recibe el agua mineral caliente en la noche para dejarla enfriar y de varios baños para una sola persona con su gabineo. Cada uno de estos baños recibe el agua mineral fría de la piscina central y tiene una llave de agua caliente para graduar la temperatura que convenga. Además hay sobre los mismos manantiales calientes, gabinetes cerrados para tomar baños de vapor hidrosulfurosos, gas que en gran cantidad se desprende de las fuentes.

Al mencionar esta terma a donde con el tiempo ocurrirán enfermos no sólo de Venezuela sino de los Estados Unidos y de Europa, por las facilidades que presenta su cercanía al mar y por la inquestionable virtud curativa de sus aguas, no podemos prescindir de insertar a continuación la clásica descripción que hizo de ella el célebre Alejandro de Humboldt, cuando la visitó a principio del siglo:

"Las fuentes cálidas—dice el ilustre viajero—y es un hecho geológico muy notable, no brotan al sur de las montañas como las de Mariara, Onoto y el Bergantín, sino se abren camino en la misma cordillera, casi en su declive norte. Más abundantes que cuantos hablamos visto hasta entonces, forman un riachuelo, el cual tiene en tiempo más secos dos pies de profundidad por diez y ocho de anchura. La temperatura del agua, medida con muchísimo cuidado, era de 92.3° del centígrado; y después de los manantiales de Trijimó, en el Japón, los cuales se asegura son de agua pura con 100° de temperatura, las aguas de Las Trincheras son las más cálidas del mundo. Almorzamos cerca de la fuente, en cuyas aguas termales se cocieron huevos en cuatro minutos. Estas aguas fuertemente cargadas de hidrógeno sulfurado, brotan al pie de una colina situada del sur-sureste al nor-noreste. La roca de donde salen las aguas es un verdadero granito de granos gruesos, semejantes al que contiene el Muro del Diablo en las montañas de Mariara. En los lugares donde las aguas se evaporan al aire, forman depósitos e incrustaciones de carbonato calcáreo: quizás penetran aquellas al través de las capas del calcáreo primitivo, tan común en el micaesquist y gneis de las costas de Caracas. Sorprendiónos el lujo de la vegetación que rodea el estanque: mimosas de hojas delgadas y en forma de plumas, clusias e higueras han penetrado con sus raíces en el fondo de una ciénaga cuya temperatura era de 85° centígrado. Las ramas de estos árboles se extienden sobre la superficie de las aguas a dos y tres pulgadas de distancia, y a pesar de que el vapor calido humedece constantemente los árboles, el follaje de las mimosas ostentaba el más lozano verdor. Un *arum* de tallo leñoso y grandes hojas crecía en medio de una ciénaga cuya temperatura era de 70° centígrados. Estas mismas especies de plantas vegetan en otras partes de estas montañas, junto a torrentes en los cuales el termómetro no sube de 18° centígrados. Hay más todavía: a cuarenta pies de distancia del lugar donde brotan los manantiales que tienen 90° de temperatura, se encuentran otras fuentes de aguas enteramente frías. Durante algún tiempo, unas y otras siguen una misma dirección paralela, y los indígenas nos enseñaban, cómo cavando un agujero entre los dos riachuelos podían a su voluntad proporcionarse un baño de temperatura dada. El río de agua calien-

tes se dirige al noreste y ya cerca de la costa se hace caudaloso y contribuye por sus inundaciones a la insalubridad del litoral."

El análisis químico de las aguas de estas fuentes enviado por el sabio Boussingault al señor doctor A. Ernst, es el siguiente:

Gas ácido sulfídrico	cantidad no determinada
Silice	o gramos 1270
Ácido sulfúrico . . .	o " 0340
Cloro	o " 0580
Alúmina y hierro . . .	o " 0120
Cal	o " 0130
Magnesia	o " 0064
Potasa	o " 0140
Soda	o " 2663
Litina	vestigios
Ácido bórico	nada
Substancias orgánicas	o " 1197
	o gramos 6500

Boussingault observa: "que la presencia de la litina no carece de interés, puesto que se cree aquí que las aguas que contiene este ácido son útiles en el tratamiento de los enfermos de las vías urinarias.

Damos a continuación para ilustrar más esta materia, la traducción del trabajo de Boussingault, publicado en noviembre de 1880 en *Comptes-rendus* y traducido por el señor Dr. José Gil Fortoul:

"La cadena litoral se extiende del Avila hasta Nueva Valencia, donde se confunde con una ramifications de la cordillera oriental de los Andes. Paralelamente, una línea de montañas poco elevadas limita al sur las llanuras de Apure y del Orinoco. En el grupo de colinas de Higuerote comienzan los valles de Aragua, cuyas aguas, no encontrando salida hacia el mar forman el gran lagó de Tacarigua.

Granito y gneis constituyen el macizo del litoral; y entre las varias fuentes termales que allí se conocen son las más importantes por su abundancia y temperatura las de Onoto, las de Mariara, cerca de la ciudad de Maracay y las de Las Trincheras situada a corta distancia de Valencia.

I FUENTES DE ONOTO (altura 696 m.)—El agua sale del gneis por tres bocas al mismo nivel y da nacimiento al arroyo de aguas calientes. He hallado la temperatura de 44° 4', marcando un termómetro a la sombra 30°.

El agua era inodora y los reactivos no dieron precipitado alguno. Un litro evaporado, dejó un débil residuo silílico de reacción alcalina.

Del fondo del agua surgían con intermitencia burbujas de nitrógeno. El terreno circunvecino está cubierto de trozos de rocas evidentemente desprendidas de la cima de la cordillera. Uno de estos trozos graníticos de forma hemisférica tenía 9 metros de circunferencia. Hay esparridos en la sabana fragmentos de gneis ricos en granates y en el sitio denominado el Cerro de la Preñada, esta misma roca contiene conglomerados de un calceo blanco sacaroidé.

II FUENTES DE MARIARA (altura 535 m.)—Estas fuentes se encuentran a pocas millas al noreste de Maracay cerca de la aldea de Mariara, en una especie de anfiteatro de granito que contiene grandes cristales de feldespato mezclados con laminillas de mica argéntifera; la roca está aliada con gneis y mica-esquist abundante en granates. Los picos dentellados de extrañas formas que presenta el granito, dan un aspecto singular y aún pudiera decirse lugubre a la localidad nombrada el Rincón del Diablo; y es en esta eminencia donde surge de varias cavidades el agua a una temperatura de 36° a 60° y en abundancia, bastante a dar nacimiento al río de aguas tibias. El agua más caliente sale en la parte inferior y en ella se mantiene el termómetro a 64°: al recojerla posee un olor a ácido hidro-sulfúrico que se disipa por el enfriamiento al contacto del aire. Los reactivos indican vestigios de sulfatos y carbonatos, y evaporada dejó un residuo silílico que devolvió el color azul al papel de tornasol enrojecido por un ácido. Del fondo de los pozos en que aparecen las fuentes, se veía surgir cada dos o tres minutos una serie de burbujas de nitrógeno.

El agua de Mariara, difiere pues, de la de Onoto en que su temperatura es notablemente más elevada, en la presencia del ácido sulfídrico y, debo agregar, en el hecho curioso de que en ella se desarrollan, no obstante un calor de 50° a 60° dos plantas acuáticas señaladas por Humboldt, la una membranosa y de fibras paralelas la otra. La primera hace recordar la *Utria labyrinthiformis* de Vandelli, que se encuentra en fuentes calientes de Europa.

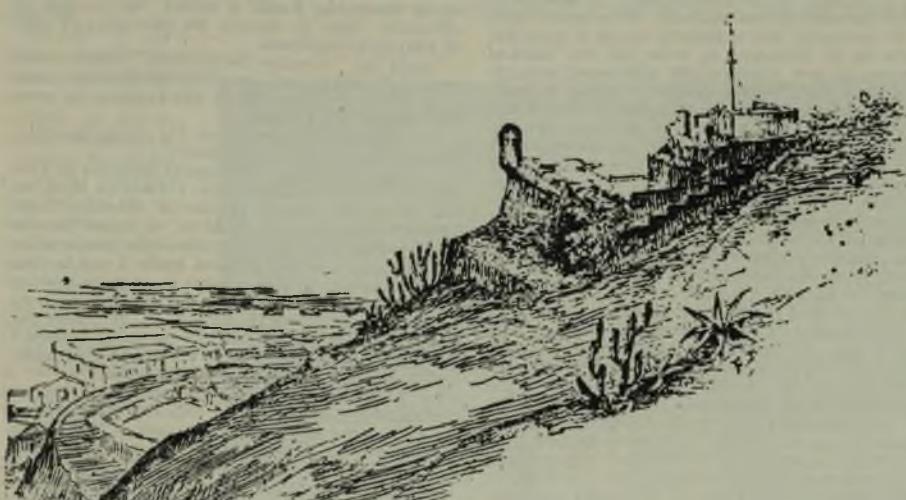
III FUENTES DE LAS TRINCHERAS (Cerca de Nueva Valencia.)—El lago de Tacarigua, en el hermoso y fértil valle de Aragua, tiene diez leguas de largo, por una anchura media de dos leguas; su profundidad varía entre 18 metros y 24 m. En febrero su temperatura, tomada en la superficie era de 24°.

(6) La Exposición Nacional del Centenario año de 1883." por A. Ernst.

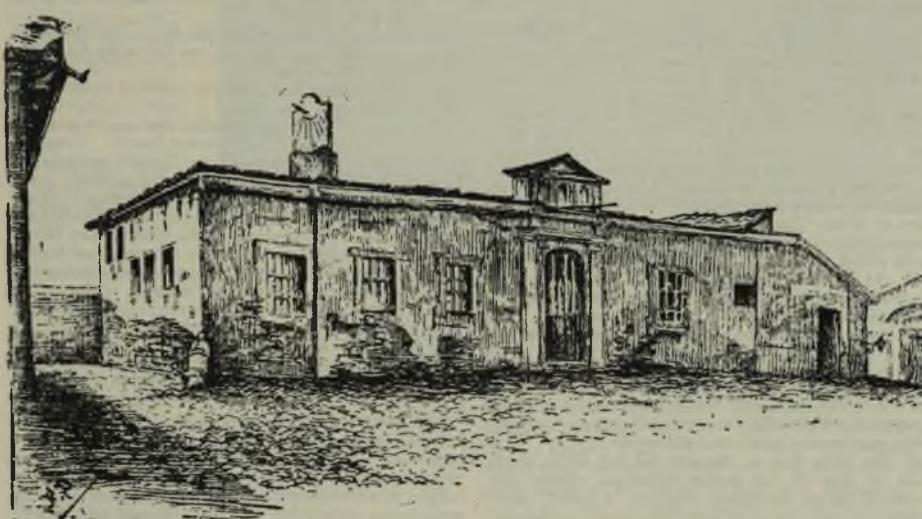
[7] Memoria de Obras Públicas para 1883, páginas 25 y 253.



EL VIGÍA DE LA GUAIRA—Vista tomada de Palma Sola, por Davegno



EL VIGÍA DE LA GUAIRA—Vista tomada desde las ruinas de San Agustín

CUARTEL EN LA PLAZA DE LA ALAMEDA EN LA GUAIRA
Demolido en Marzo de 1881

Puede adoptarse como altura 539 m.; (8) esta es la que he hallado en Maracay, que está situado sobre la orilla septentrional. Se ven allí numerosos islotes de gneis, algunos habitados y cubiertos de una poderosa vegetación.

Las fuentes forman un arroyo de 5 a 6 metros de ancho con una profundidad de 0 m. 50, este es el río de aguas calientes. El agua sale de un punto a cincuenta metros sobre la hoyo por dos cavidades abiertas en el granito y del fondo de las cuales surgen de tiempo en tiempo, burbujas de nitrógeno.

En una de las cavidades he encontrado la temperatura de $92^{\circ} 2$, en la otra de $96^{\circ} 9$. (9)

Después de las fuentes de Trijimo, en el Japón, las cuales según se afirman dan agua pura a 100°, las de Las Trincheras, serían las más calientes del mundo.

El agua está dotada de un olor muy pronunciado ácido sulfídrico, olor que conserva cuando es enfriada en vasos cerrados; pero que pierde enfriándose al aire libre, y en este caso no tiene ningún sabor. Los reactivos indican débiles proporciones de cloruros y sulfatos y al evaporarla queda un residuo de sílice de reacción alcalina.

Con los medios de que disponía, debí limitarme á estos pocos ensayos, lamentando no poder hacer el análisis completo de una fuente tan notable que trae del interior de la tierra, como todas las fuentes termales, substancias útiles para los organismos que viven en la superficie del globo. Y fue grande mi satisfacción cuando en la exposición internacional de 1878, descubrí entre los interesantes productos venidos de Venezuela, un envase con unos diez litros de agua de Las Trincheras, que el comisionado de la República americana, se apresuró á poner en mis manos.

El agua estaba bien conservada á juzgar por el gas sulfídrico que tenía en disolución y limpia reposaba sobre un débil sedimento coposo de un tono amarillento. (**)

He aquí el resultado del análisis hecho en mi laboratorio del Conservatorio de Artes y Oficios y referente á un litro de líquido;

	Gramos.
Cloro	0.058
Ácido sulfúrico	0.034
Ácido bórico	0.000
Soda	0.066 (***)
Potasa	0.014
Cal	0.013
Magnesia	0.006
Litina	vestigios
Sílice	0.127
Oxido de hierro	0.012
Ácido sulfídrico y carbónico indeterminado	
Oxido de cobre	0.000
Arsénico	0.000

El sílice soluble está relativamente en proporción bastante fuerte y mayor que la que se encuentra en las aguas de Plomberies, de Karlsbad y de Aquisgrán. En la cantidad de ácido sílico es que las fuentes de Las Trincheras ofrecen mayor analogía con el agua de los geysers de Islandia; como en éstos, ella deposita concreciones de sílice en los puntos de salida.

La ausencia del cobre ha sido admitida después de haber empleado para descubrirlo los más delicados procedimientos de la electrólisis y la investigación del arsénico había sido confiada á M. L'Hôte, cuya habilidad como analizador es bien conocida de la Academia.

Me ha sorprendido que una fuente termal tan abundante, situada en las cercanías de una población bastante numerosa, no fuese frecuentada por enfermos; tal vez proviene esto de que en la época en que yo visitaba la comarca no había en ella médicos que pudieran recomendar su uso. (9)

Cuando me trasladé de Nueva Valencia á Las Trincheras, Puerto Cabello estaba todavía en poder de los españoles: el general Páez lo bloqueaba, y el enemigo escaso de víveres, hacía frecuen-

(8) Esta altura no es exacta. El señor Alfredo Jahn, que infatigable ha medido todas las alturas circunvecinas al lago con un buen barómetro de Fortin y hecho la medida trigonómica á la vez, encuentra para la hoyo del lago la altura de 328 metros. Esta misma medida la ha dado la nivelación practicada por la Compañía del Gran Ferrocarril de Venezuela y por la ferrocarril de Puerto Cabello á Valencia.—(F. de P. A.)

(9) Hunzoldi encontró en $1.800-90^{\circ} 3$ C.

Boussingault y Rive en $1.823-92^{\circ} 2-90^{\circ} 9$.

El Dr. Karsten en $1.850-92^{\circ} 22-97^{\circ}$.

Wall en $1.850-92^{\circ} 22-97^{\circ}$.

Dr. W. Sievers en $1.854-97^{\circ} 5$.

(**) Había que examinar este sedimento en el cual se encontraron probablemente substancias que no contenía el agua limpia.—(Boussingault.)

(*) Debe haber un error de impresión en este número que es 0.263 en la carta autógrafa de Boussingault á la que nos referimos y así solo resulta la suma de 0.650 después de la adición de 0.117 de substancias orgánicas, como lo dice el mencionado documento.—(A. Ernst.)

(9) Deben ser conocidas y comprobadas del Dr. Francisco Padron, hoy el sitio de Las Trincheras es generalmente conocido en el país y comienza á serlo en el extranjero. La pequeña construcción llevada á cabo por disposición del Gobierno, según dijimos más arriba, ha sido agrandada y convenientemente dispuesta para un número mayor de bañistas: un hotel bien servido y en sitio pintoresco, inmediato á las fuentes, proporciona comodidad á los pasajeros y el paisaje ántes árido y seco, ha trocado con la instalación del hombre civilizado, en maeno y grato.—(F. de P. A.)

tes salidas para procurárselos. En este estado de guerra juzgué prudente no llevar mi barómetro, instrumento precioso construido por Fortin y comparado por Aragó con el barómetro del Observatorio, que habría podido ser maltratado en cualquier accidente.

Determiné la altura por la ebullición del agua y encontré que las fuentes debían estar de 300 m. á 350 m. sobre el nivel del mar.

Confronto enseguida la elevación de las fuentes y su temperatura.

	Altura	Temperatura
Onoto	696 m.	44°, 5
Mariara	553 m.	64°
Trincheras	300 á 350 m.	96°, 9

Estas fuentes salen de la misma roca, de un mismo macizo de montañas y en un perímetro limitado; y presentan de curioso que, partiendo de arriba hacia abajo, el crecimiento de su temperatura sería proporcional á la diferencia en altura: un grado de aumento de calor para una diferencia de nivel de 6 á 7 metros.

FUENTES DE LA CUIVA

Se encuentran estas fuentes en el Estado Falcón. El doctor Aristides Rojas, que las describe, las llama una de las maravillas que tiene la naturaleza en Venezuela. Sus aguas son hidro-sulfurosas y surgen de la parte superior de dos montículos calcáreos y son de diferentes olor y temperatura. Esta es variable hasta 56°, 6 del centígrado. Debe contener mucho ácido carbónico, por la gran cantidad de cal que las aguas arrastran y que proviene de las capas inferiores. Cuando llega á la superficie, se disminuye la temperatura y una parte de la cal disuelta ha de precipitarse formando una especie de travertino.

FUENTES SULFUROSAS DE LA MATA, ESCUQUE

Según el Dr. Rojas las aguas de estas fuentes tienen una temperatura de 60° y aún de 70°; son muy sulfurosas y por tales razones pueden comprenderse entre las más ricas que posee la República.

AZUFRALES DE CABUPANO

Muy interesantes son estos manantiales cuya temperatura es de 70° c. y por su composición química y cercanía al mar están llamados, cual otro alguno, á ser utilizados por los enfermos de las vías urinarias y de la piel.

Según el examen químico hecho por el doctor Rube de la Academia de minería en Freiberg se compone de las siguientes substancias:

Acido silílico	0 gramos	043
Cloruro de cal	0	013
Cloruro de sodio	0	023
Sulfato de potasa	0	273
Sulfato de magnesia	1	
Idem de hierro	1	vestigios
Carbonato de potasa	2	965
Idem de hierro	3	708

Substancias minerales: 7 gramos 025 p. %

Pertenecen por lo tanto á la clase de aguas alcalinas.

Hay además en Venezuela muchísimas fuentes de menor importancia que las ya descritas; cuya temperatura es muy variable y de las cuales tenemos muy ligeras descripciones y ningún análisis químico.

Sin embargo merecen especial mención las aguas calientes de *Batatal*, entre Cúpira y Guapo del Estado Miranda. Es tan elevada la temperatura de sus aguas que se desprende constantemente una columna de vapor. Son hidro-sulfurosas, como lo prueba el olor peculiar de esta substancia y que se percibe á gran distancia.

Al oeste de la Guaira existe otra con el mismo componente llamado de *Chichiriviche*, y al sur de la laguna de Unare, dice el Doctor Rojas, que se encuentran los notables pozos de *Puruguai* cuya temperatura se eleva á 45°.

En el Estado Falcón, á más de las descritas, existen las de Sabanetá, también hidro-sulfuradas.

En el Estado Zulia se encuentra otro, pero de baja temperatura.

En el Estado Zamora, en las faldas de la cadena oriental de los Andes venezolanos, cerca del río Camaguá y á diez y siete kilómetros del pueblo de Pedraza, hay diversos pozos de aguas calientes, hidro-sulfuradas y de temperatura elevada. En Barinatas, del mismo Estado cerca del río Caldera, hay también varios pozos de aguas termales de muy subida temperatura.

Y en el mismo Estado al N. O. de Guanare y en uno de los declives de la cordillera de la Portuguesa, se halla una quebrada conocida con el nombre de los *Baños*. Al llegar á la llanura forma un pozo en donde el agua está constantemente en ebullición y tiene el olor de huevos podridos del hidrógeno sulfurado. En las cercanías existe otro chorro frío y sin más olor que parece contener sulfato de soda por su acción purgativa.

Finalmente, cerca de Caracas, en el lugar denominado el *Avila* (975 m.) existe un manantial en la quebrada del mismo nombre. El agua es sumamente limpia y tiene una temperatura constante de 27° centígrados.

LAS AGUAS TERMALES DE LA CORDILLERA OCCIDENTAL DE VENEZUELA (**)

Aunque no hay en la cordillera de Mérida ningunos vestigios de rocas volcánicas, existen allí muchas aguas termales, algunas de ellas de una temperatura muy elevada; y es probable que el número de las conocidas llegue á ser aún mucho mayor, á medida que se conozca mejor la Cordillera y sobre todo su declive septentrional.

1º En la sección Táchira mencionaré en primer lugar las aguas de *Ureña* cerca de las fronteras con el territorio colombiano y distantes cosa de un cuarto de hora de la orilla derecha del río Táchira, al pie de la muralla escarpada en la que termina la formación cretácea del Táchira del lado de la abra de Cúcuta. Brotan de la parte inferior de una pared casi perpendicular de arenisca, en el cerro de la Aguada, á 380 metros sobre el nivel del mar, formando dos manantiales llamados el uno de *La Virgen* y el otro de *Buitrón*. El 31 de mayo de 1885, á las 10 horas a. m. me encontré que su temperatura era 61° siendo la del aire de 31°. Son bastante caudalosas y corren por encima de varios escalones que forma la roca, reuniéndose más abajo en un arroyo que por alguna distancia conserva una temperatura elevada. Las aguas contienen hidrógeno sulfurado y dejan depósitos de azufre en los puntos de salidas. Las emplean en la curación de enfermedades sifilíticas y las llevan á Cúcuta para usos medicinales.

2º A corta distancia de las aguas de Ureña, pero á la orilla izquierda del Táchira, están los manantiales del *Guacharacal*, entre el pueblo de Cúcuta y la Ureña, en una depresión que presenta allí el terreno desigual y estéril de la abra de Cúcuta. La temperatura es de 45°; no son sulfídricos sino ferruginosos; pero parece que no tienen aplicación.

3º Cerca de San Antonio del Táchira, uno al noroeste en las inmediaciones de la *Aguadita* el otro al sudeste en un sitio llamado *El Barbascal*, ambos probablemente saliendo de la misma falda de la montaña; otro manantial existe á corta distancia de El Rosario á la orilla del río Táchira. Conocemos por consiguiente seis aguas termales en la abra de Cúcuta: cuatro brotando de la escarpada cuesta de la serranía del Táchira y dos algo más hacia el oeste en los terrenos situados entre los ríos Táchira y Pamplonita. Es muy probable que haya otras en el declive opuesto de la serranía colombiana, comprendido entre Santiago y Salazar. En todo caso, es un hecho muy significativo el de existir tantas fuentes termales precisamente en la rapidísima cuesta de aquellas montañas, siendo por eso de suponer que son una consecuencia del hundimiento geológico que dejó formada la abra de Cúcuta.

4º Cerca de *Capachico viejo* (1380 metros de altura), á corta distancia del camino que lleva de este lugar á San Antonio, existe un manantial salino, alimentado sin duda, por los depósitos de yeso del vecindario; su temperatura es de sólo 26° poco diferente de la del ambiente.

5º *Lobatera* tiene un manantial algo ferruginoso en una colina al sureste de la ciudad. Sale probablemente de las capas fuertemente ferruginosas de marga, arenisca y cuártica que constituyen aquella parte superior de la formación cretácea (1.000 metros sobre el mar).

6º Igual cosa debe decirse del manantial de *Rubio* que brota de la parte inferior del cerro de las Escaleritas (850 metros) y que parece ser fuertemente ferruginosa.

7º El *Cerro de Oro* (Táchira) no tiene aguas termales, pero si dos manantiales que por otro respecto son muy interesantes. El primero es muy ferruginoso y debe esta propiedad sin duda á los diferentes minerales de hierro que abundan en aquel cerro; sus aguas son de color rojo de sangre y tienen un alto grado de dureza. El segundo tiene aguas amarillentas y fuertemente sulfurosas, de modo que deben de venir de capas abundantes de piritas y otros sulfuros. Ambos arroyos se reunen y forman la Quebrada de Oro que desemboca en el río Tórbes. Su composición química y propiedades medicinales no han sido examinadas hasta ahora.

8º Al sur de *San Cristóbal* hay en el valle del Tórbes dos aguas termales muy vecinas. La del norte está á corta distancia de la hacienda "El Abra" del señor Antonio Niño; la otra que llaman *Aguas calientes de las Monas*, se encuentra algo más arriba de la estancia "San Jacinto" en la vega de "San Pablo", cerca de la confluencia del Tórbes con el Quinimací. Sievers no midió su temperatura pero dice que brotan del terreno cretáceo y que contienen hidrógeno sulfurado.

9º Se dice que al sureste de *La Grita*, en el valle de Río de las aguas calientes, existe una fuente de aguas termales; Sievers la buscó; pero á pesar de estar acompañado de un buen baqueano, no pudo hallarla.

(*) Traducción hecha por el Dr. A. Ernst, de la obra "Die Cordillera von Mérida" (Viena 1888.) por el Dr. W. Sievers.

10 Cerca de *Bailadores* y á corta distancia de la embocadura del río de Las Tapias en el Mucutí, sale un manantial de aguas calientes, de la parte inferior de una pared granítica que pertenece á la cadena del Batallón. La gente del vecindario viene á bañarse en las aguas, de manera que éstas tienen probablemente una temperatura de 26° á 28° centígrados.

11 Al norte de Tovar brotan de la falda septentrional de la serranía en el valle del río *Guaruríes*, varias fuentes termales muy notables, tanto por su temperatura elevada cuanto por la abundancia de sus aguas. El río corta allí las cadenas exteriores en una barranca muy angosta con paredes casi verticales de más de 50 metros de altura. Los dos manantiales inferiores salen de la pizarra y tienen 52° y 56° respectivamente (26 de enero de 1885, hs. a. m.: temp. del aire 27°, del agua del río 22° centígrados.)

El más caliente se ha formado un pequeño pozo y arroja de vez en cuando pero con mucha violencia, grandes burbujas de gas. En las piedras alrededor se ve un gran sedimento de sulfato y óxido de hierro, alumbre y pequeñas porciones de azufre. Al lado de las aguas calientes brota de la misma roca un manantial frío de 21°. Más arriba salen otras fuentes termales de la arenisca que forma la orilla de la quebrada; Sievers no pudo examinarlas pero supo que su temperatura era aún más elevada, y su abundancia mayor que la de los manantiales situados más abajo.

12 Un manantial de agua caliente (27° y 22°) existe cerca de *Ejido*, en la quebrada Portuguesa: los vecinos lo usan para bañarse en él.

13 El manantial *La Chorrera* queda en el cauce de la quebrada González donde atraviesa el camino de Ejido á Jají á 1.400 metros sobre el nivel del mar. Sale de arenisca, es muy hidro-sulfurosa y tiene una temperatura de 49°.

14 Cerca de *Muchichachi* hay un "agua termal" como á media legua de distancia del pueblo en la quebrada Sucia, á orillas del camino de *Mucutí*. Sale de pizarra no tiene sino 26° pero es algo hidro-sulfuroso.

Según los "Apuntes Estadísticos" existen en la sección Mérida todavía las aguas termales siguientes:

15 Caño de Arena en el río Perdido, al norte del páramo del Tambor.

16 Cerca de Torondoi, en los sitios llamados Caroní, Cogollal y Santa Polonia.

17 Las más importantes aguas termales de Trujillo son las de los baños ó las *Termas de Motatón*, más abajo de Valera. El doctor Aristides Rojas encontró una temperatura de 52°, el doctor Sievers de 51° (18 de julio de 1885 á mediodía temperatura del aire 32.) Los manantiales están á 525 metros de altura sobre el mar y salen de la parte inferior de un barranco de arenisca cuyas capas caen en un ángulo de 85° hacia al O. N. O., de modo que están casi verticales. Muchas personas vienen á la aldea vecina de Sabana de los Baños para hacer uso de las aguas fuertemente sulfurosas.

18 Cerca de *Escuque* se encuentran igualmente manantiales calientes: uno está en la Honda á 3.5 kilómetros de Escuque, otro en la *Mata* á 100 metros del Río Colorado, en el cual desemboca. Ambos son sulfurosos.

20 Aguas termales son también los Baños Muñoz y en la quebrada de Agua caliente, los puntos llamados Sabana larga y la Peña, situados cerca de *Chejendé* (Candaria) en las cadenas exteriores de Carache.

21 Existe otro manantial caliente en el páramo, del Pozo del café, en las montañas de Trujillo, cerca de San Jacinto.

22 En las mismas montañas hay aguas termales cerca del pueblo de Tostós, en los sitios llamados *Tirandí* y *Agua Clara*.

23 Finalmente se dice que existen otros en los llanos de Monatí.

Los manantiales enumerados son casi todos sulfurosos, algunos pocos contienen hierro. Tres solamente (La Grita, Bailadores y Tostós) pertenecen á la región de rocas cristalinas del centro; otras salen de puntos de los cuales los esquistos ó filitas antiguas están en contacto con las capas cretácneas; pero los más importantes (Ureña, Guaruríes y Motatón) se encuentran en medio de los terrenos cretácenos, y generalmente en los lugares caracterizados por la existencia de fallas ó líneas de dislocación. Estos trastornos de la estratificación geológica son muy frecuentes del lado septentrional, de la cordillera, cuyo declive es en extremo rápido, y así se comprende porque allí, sobre todo existen los manantiales más notables y más calientes.

Son estas las noticias que tenemos recojidas sobre tan importante ramo de las ciencias físicas naturales y ojalá el Gobierno ó la iniciativa individual encaminara su atención y preste ayuda y creare establecimientos apropiados para utilizar esos dones repartidos abundantemente en nuestro territorio por la pródiga naturaleza; que con su aprovechamiento se aliviaría la humanidad de muchas y crueles enfermedades reháceas á todo tratamiento terapéutico.

FIESTA SIMPÁTICA

A tout Seigneur tout honneur ! Un respetable caballero nos exige esta revista; su honorabilidad se impone y satisfacer su deseo es para nosotros el cumplimiento de un grato deber.

Se trata del "Colegio de Nuestra Señora del Socorro" que dirigen las señoritas Limardo, de sus exámenes y distribución de premios.

Presenciamos estos actos, brillantes fueron y en general todas las educandas probaron no común aprovechamiento y entre ellas Conchita García, Mercedes Arcila, María T. Amiama, Elvira Marturet, Helena Brandt y Carmen Herrera, merecen especial mención.

Muchas y de mérito, según señoritas entendidas, fueron las obras de costura y muestras de bordados y tejidos y las copias de mapas y los varios trabajos de dibujo natural.

De pláسمes, pues, deben estar los maestros, los padres y los discípulos.

El 7 del corriente se efectuó la distribución de premios, toque final del gran cuadro de los exámenes.

Circunspectas especiales quitaron á este acto parte del contento y alegría de años pasados; tristes recuerdos domésticos, latentes en ese momento, imponían la seriedad, el orden, la circunspección imponente que revistió.

Escogido concurso de señoritas, madres respetables de las educandas; numerosa reunión de señoritas, aglomeración de alumnas, daban al espacioso salón aspecto de inmenso castillo de mimbre delicado, rebozante de flores primaverales, desde la modesta violeta que satura con suave aroma el extraviado sendero, y el erguido clavel hasta la rosa excitante y las albas y frescas azucenas. Digna ofrenda que la virtud depone en las aras de Minerva !

Nuestro Ilustrísimo señor Arzobispo, con respetable séquito, presidió el acto.

Sonó el timbre y con sus últimas vibraciones el piano nos hizo oír sus acordes. Mercedes Arcila y Helena Morón, con suma fa-

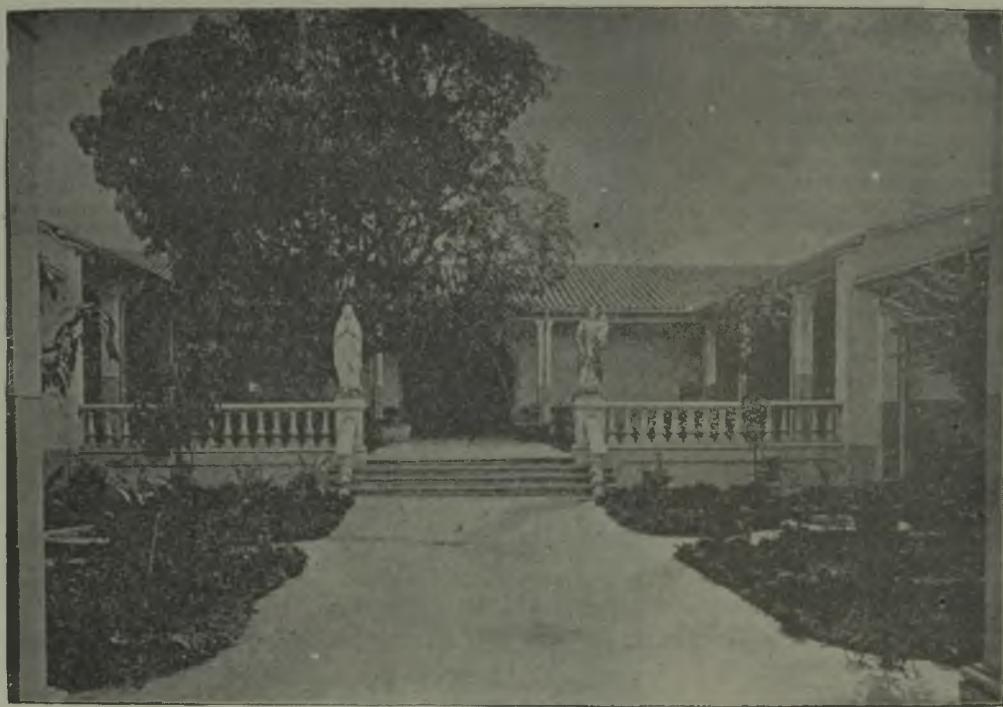
cilidad, limpia ejecución y gusto, tocaron escogida pieza que les valió repetidos aplausos.

Se leyeron las actas y se distribuyeron los premios, ejecutando por intervalos las señoritas Concepción Betancourt, Mercedes Arcila y María Teresa Elizondo, que con sus rosados dedos arrancaban al instrumento, en cadencias melodiosas y en arpegios difíciles, notas sublimes que van al alma, frases que no se articulan sino con ese lenguaje del sonido que sólo hablan y comprenden seres superiores al vulgo de los humanos.

Y es así y nos lisonjeamos ; es ella la que merece el premio de buena conducta ; ella es la virtud acrisolada, ella el astro que esparce más luz y luz más pura y radiante en el plantel !

El Ilustrísimo señor Arzobispo, colgó en su seno la medalla y ninguno igual á él, pues que, delegado de Dios mismo, la Justicia infalible, él es el órgano más apto para aplicarla.

Y ella, la candorosa niña, ¿qué hacía en tanto ? ¿recorría su mirada altiva el cuadro que dominaba ? ¿halagaba el triunfo su vanidad ?



VISTA DEL PATIO PRINCIPAL DEL COLEGIO DE NTRA. SRA. DE LOURDES—Valencia (Venezuela)



SALA DE LAVABOS DEL COLEGIO DE NTRA. SRA. DE LOURDES—Valencia (Venezuela)

Con "La última esperanza" de la señorita Elizondo, se deshizo el salón en lluvia de aplausos y elogios, que caía de lleno sobre aquellas tres criaturas privilegiadas, que en los albores de la infancia van ya con planta segura penetrando en el Templo del divino arte, cuyas infinitas bóvedas llenan y llenarán siempre las ondas de armonía de Bellini, de Mozart y de sus inmortales congéneres.

Y al aplauso ruidoso y á la expansión del placer, sigue luego impaciente silencio y toda la concurrencia se pone de pie !

Se daba lectura al acta de adjudicación del premio de buena conducta y á proporción que adelantaba, la curiosidad crecía en las madres, el deseo en las alumnas, la emoción en todos, quienes llevados por el hilo de las consideraciones filosófico-morales que se desarrollaban y atraídos y subyugados por la coacción que todo triunfo entraña, resonó en todo el ámbito del salón el nombre de

HELENA LUCCA

y como eco suyo un huracán de atronadores aplausos.

Helena Lucca se hizo objetivo de todas las miradas; Helena Lucca pronunciaban todos los labios; Helena Lucca llenaba con su nombre el espacioso salón. Ella se transformó en anfitrión de la fiesta. Ella en su sola personalidad era la síntesis de todo el esfuerzo, de toda la contracción de sus maestros ; ella, en fin, la flor más delicada, más fragante, más hermosa del vergel que cultivan las señoritas Limardo.

Y es así y nos lisonjeamos ; es ella la que merece el premio de buena conducta ; ella es la virtud acrisolada, ella el astro que esparce más luz y luz más pura y radiante en el plantel !

El Ilustrísimo señor Arzobispo, colgó en su seno la medalla y ninguno igual á él, pues que, delegado de Dios mismo, la Justicia infalible, él es el órgano más apto para aplicarla.

Lejos de eso! La miramos, y triste sensitiva al sentir el contacto del jardinero, inclinó la corola y derramó en silencio lágrimas, que por puras son dulces y van á bañar el seno de la amorosa madre, como rocío del cielo, en compensación de las penas, del cariño y de la abnegación!

¡ Feliz niña, felices padres, felices maestros ! Estos porque pueden galardonar en conciencia, aquellos porque son galardonados !

La señorita Betancourt cerró el acto, obsequiándonos bondadosamente con otra pieza ejecutada al piano y recibiendo nuevos aplausos y elogios.

Grato nos fué ver en esta solemnidad muchos padres de familia, ¡ Cosa rara por cierto ! pues, salvas honrosas excepciones, ya los padres no se creen obligados á ofrecer ni á sus hijos, ni á los extraños, ni á esta sociedad, el pan del alma, el pan del espíritu que tanta falta nos hace á todos.

Vayan como término de estas desalineadas ideas, nuestros sinceros parabienes á las señoritas Limardo y nuestra débil voz de aliento á las alumnas, para que sigan trillando el áspero sendero y recogiendo las flores merecidas por sus triunfos.

FRANCISCO MANRIQUE.

Agosto 9 de 1893.

Impuesto ya este número del periódico, una noticia para nosotros muy dolorosa y para la patria triste en alto grado, ha venido á sorprendernos con rudeza formidable. *El Tiempo* nos anuncia haberse sabido por el último vapor americano la muerte del Doctor Santiago Ponce de León, acaecida en la travesía de Curaçao á Santo Domingo. Si este acontecimiento es motivo de desolación para la familia del Doctor Ponce de León y de profundo duelo para sus amigos, entre los cuales tuvimos la honra de contarnos, lo es de justo pesar para la patria, privada del hijo amante que, en su larga ausencia del nativo suelo, no hizo sino acumular honrosos títulos para enaltecimiento de ella, la que fue objeto para él de afecto solícito y constante.

Poseía el Doctor Ponce de León, además de eximias prendas como jefe de familia y cabal amigo, las dotes de clara inteligencia, vasto saber, actividad de espíritu y cabal caballerosidad, reconocida, á luego de tratarle, en la exquisita corrección de sus modales. Fué escritor de aliento, diserto y bien apreciado y hombre de cultivada estética.

Permitásemos al dar cuenta de la muerte de este inolvidable amigo, juntar á la manifestación de nuestra pena personal, la que hace la Empresa de este periódico á su honorable familia, en especial al señor Dr. Elías Toro, sobrino del finado.

E. M. y M.

EL ÁSPID Y EL ROSAL

La gala de un rosal despedazando,
Dijo á un ave un áspid iracundo:
— ¡ Que por tan vana flor viva admirando
A ese arbusto salvaje todo el mundo !
A ver si hay necio ahora que lo alabe
Y halla que es bello aún y vale cosa . . .
— Destrozar es muy fácil (dijo el ave)
Envidioso reptil, haz tú una rosa.

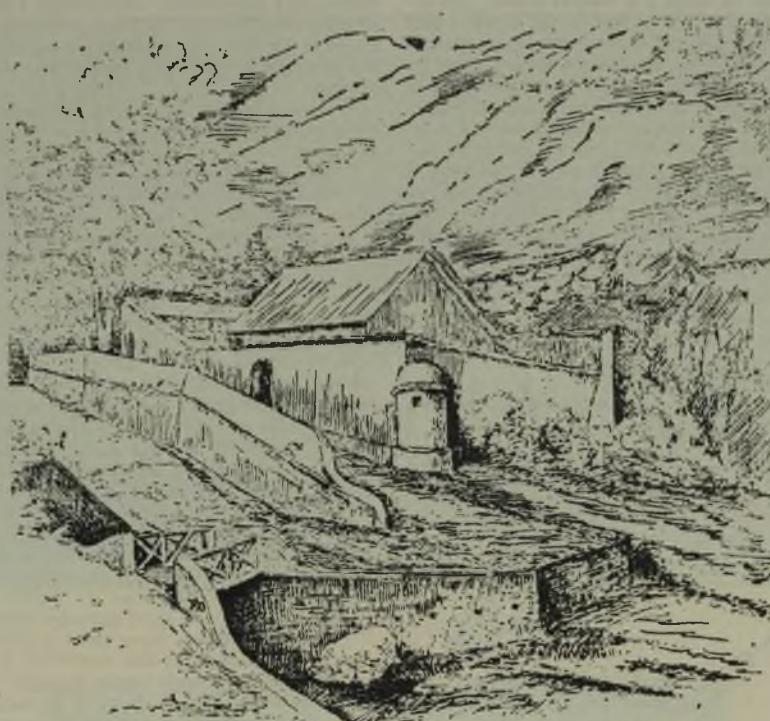
José A. CALCAÑO.



DORMITORIOS DEL COLEGIO DE NTRA. SRA. DE LOURDES. — Valencia [Venezuela]



COMEDORES DEL COLEGIO DE NTRA. SRA. DE LOURDES. — Valencia [Venezuela]



LA PÓLVORA. — Río Arriba — La Guaira. — Dibujo de Davegno



ESTACIÓN DE LAS TRINCHERAS. — Gran Ferrocarril de Venezuela

EL COJO

(AL PROGRESISTA SEÑOR JESÚS MARÍA HERRERA IRIGOYEN)

Los cojos, por lo mismo de ser cojos, tienen naturalmente que andar con más lentitud y dificultad que los que tienen sus piernas, sin enfermedad ni lesión alguna.

Esa es la regla general, pero yo conozco algún cojo que, por cierto, constituye una excepción rara, rarísima y por demás honorífica para el privilegiado cojo.

Tal consideración excitó mucho en mi ánimo la curiosidad de inquirir la causa de este prodigo, porque, en efecto, es un verdadero prodigo todo aquello que sucede, apartándose del orden natural de las cosas.

Un cojo adelantándose, y no sólo adelantándose, sino dejando muy atrás a millares de hombres sanos y robustos; y eso, no viajando en vapores, ni montado en ferrocarriles, tranvías, ni velocípedos, sino simplemente caminando, pie en tierra, sólo apoyado en su muleta! . . . ¡Vaya que si es prodigo!

Acerquéme una vez en la calle al susodicho cojo, que (entre paréntesis es tan discreto como entendido) procurando una explicación acerca de tan asombroso prodigo, pero todo fué en vano. Observóme atentamente con sonrisa afable y mirada reflexiva; y sólo me contestó estas dos palabras: *algún día*. Y se alejó rápidamente, apoyado en su muleta que resonaba con fuerza en el pavimento.

Nadie, por cierto, era capaz de creer que este

cojo, hubiese sido el mismo, que unos meses antes, andaba con tal dificultad, que los ocosos le decían al pasar: "uno! . . . dos! . . . tres! . . . cojito es!"

En otra ocasión pretendí visitar su taller, porque, ha de saberse, que el cojo, ha sido extremadamente industrioso y acomete toda empresa difícil y laboriosa; pero no me fué posible penetrar al escritorio donde él estaba. Pude, sin embargo, observar á alguna distancia, que en aquel edificio, todo era movimiento, animación y laboriosidad, revelando la vida activa del trabajo en todas sus manifestaciones.

Trascurridos pocos años, el taller del cojo había extendido, cada día más y más, la esfera activa de sus trabajos y la multiplicidad de sus operaciones industriales.

El cojo fundó nuevas empresas: la casa se pobló de jóvenes de ambos sexos, entre los cuales había hasta niños. Estas agrupaciones, estaban divididas en distintas secciones, ordenadas y silenciosas, en que casi no se escuchaban voces humanas, sino el susurro apacible de las obras de mano de las mujeres, interrumpido por el ronco zumbido de las máquinas en movimiento.

Allí la sonrisa dulce y satisfactoria de las jóvenes, ocupadas en fabricar cestos y cajillas, y en tejidos y costuras, rivalizaban en perfección con las labores de los hombres.

Los niños, apenas salidos de la infancia, con la sonrisa de la inocencia en los labios, se esmeraban á porfiá en el expendio de artículos de escritorio, de finas joyerías y de preciosas curiosidades.

Véase también en otro departamento gran número de operarios, ocupados en todos los detalles de la imprenta, esa gran palanca de la civilización; esa poderosa motriz que tanto enaltece á los pueblos; esa boca elocuente, cuyo eco incontenible traspasa los mares, horada las montañas, y al través de los tiempos y de las distancias, proclama en el mundo entero las verdades morales, científicas, políticas y sociales; ese faro espléndente que disipa las tinieblas, reflejando los resplandores bellísimos del iris de la paz, sobre el firmamento de las sociedades modernas.

Y se multiplicaban los trabajos en toda clase de industrias en aquel inmenso taller, foco de luz é imponente espectáculo del progreso.

Y ya el cojo no andaba, sino volaba: tan apresurada era su marcha, que no se sentían los golpes de la muleta. Era moralmente un gigante, heraldo de la civilización.

No sólo era EL COJO ILUSTRADO, sino también: EL Cojo CIVILIZADOR.

Procuré entonces de nuevo averiguar la causa de aquel prodigo, que tanto me admiraba.

Acerquéme á la entrada del taller; y de súbito resplandeció aquella localidad, transformada en una especie de Palacio encantado, decorado de vistosas flores, exhalando gratos perfumes, y poblado de ninas y de bellezas artísticas.

Un genio surgió sobre la cúpula del edificio. En su cabeza brillaba una diadema resplandeciente, en la cual se leían, en caracteres diamantinos, estas palabras: *El trabajo es el alma del progreso*. En su mano izquierda, se agitaba una pequeña banderola, en la que se leía: "Constancia;" y en su mano derecha, otra banderola igual, que decía "Honradez."

A sus pies, en el pavimento, mirábase una muleta.

Una voz imponente resonó en los aires exclamando: "Soy el genio del trabajo. He surgido hasta esta altura, confiado en Dios, y sin más elementos que la constancia y la honradez;" y mostraba las dos banderolas.

Luego añadió: "El trabajo es el gran motor de la civilización."

Dijo, y desapareció en los espacios.

ANDRÉS A. SILVA.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

Atravesamos aquella Babel con nuestra lúgubre procesión, y todos nos sentimos profundamente emocionados al encontrar, á dos pasos del inmundo hormiguero chino, la calma de una iglesia católica. Bajo aquella alta nave blanca, donde estábamos solos mis marineros y yo, el *Dresire* cantado por un sacerdote misionero, resonaba como una dulce evocación mágica. Por las puertas abiertas se veían cosas que parecían jardines encantados, verdores admirables, palmas inmensas; el viento sacudía los grandes árboles floridos, arrancándoles una lluvia de pétalos carmíneos que caían hasta dentro del templo.

Terminados los rezos religiosos, emprendimos nuestra marcha hacia el cementerio, allá, muy lejos. Tuvimos que atravesar barrios chinos, arrabales indios y malayos, donde de toda especie de gentes amarillas, asiáticas, nos miraban pasar con ojos asombrados.

Salimos, por fin, al camino sombreado por árboles, por entre cuyas copas volaban admirables mariposas con alas de terciopelo azul. Un gran lujo de flores, de palmeras; todos los esplendores de la savia ecuatorial.

Llegamos á la mansión de los muertos, llena de tumbas mandarinas con inscripciones multicolores, pintarrajeadas de dragones y fantásticos monstruos, medio perdidas entre asombrosos follajes de plantas desconocidas. El sitio donde depositámos el cuerpo parecía un frío rincón de los jardines de Indra.

Sobre la tierra que cubría el ataúd plantamos la cruz de madera, hecha y pintada á toda prisa, durante la noche, en cuyos brazos redentores se leía:

SILVESTRE MOAN

19 AÑOS

¡Y allí le dejamos al pobre, volviéndonos á cada paso para verle, bajo las vistosas flores, bajo los árboles maravillosos que daban á la humilde sepultura del oscuro marinero, muerto por la patria!

XXIII

El transporte continuaba su ruta á través del Océano Índico. En el fondo del barco seguía habiendo enfermos y heridos que sufrían. Arriba, sobre el puente, la juventud y la alegría de vivir. En derredor, sobre el mar, una verdadera orgía de sol y aire puro.

Durante aquel hermoso tiempo de alisios, los marineros, extendidos á la sombra de las velas, se entretenían en jugar con las coloradas adquiridas en Singapores. Todos halcán comprobado cotorritas pequeñas, lindisimas, de un verde admirable. Los papás y las mamás de las cotorritas habían sido de aquel verde, y ellas habían heredado inconscientemente el vistoso color de su plumaje: posadas sobre la limpia tablazón de la cubierta, se mejaban hojas frescas, caídas de un árbol de los trópicos.

También había monas, á quienes sus amos enseñaban á hacer habilidades. Habíalas que eran tiernamente amadas y besadas con trasporte, y que pasaban el tiempo acurrucadas contra el pecho de sus propietarios, mirándoles con sus ojos mitad grotescos, mitad conmovedores.

Al dar las tres de la tarde, los furriels trajeron sobre el puente dos sacos de tela, precintados con grandes sellos de lacre rojo, y marcados con el nombre y apellido de Silvestre. Era para vender en subasta, como previene el reglamento de la marina, las ropas y efectos que habían pertenecido al difunto. Los marineros, para quienes todo constituye una distracción, se apresuraron á agruparse en derredor de los sacos, á cuyo dueño ninguno de ellos había conocido siquiera.

Las chaquetas, las camisas, las elásticas de rayas azules, fueron palpadas, miradas y remiradas, y adjudicadas por último á un precio cualquiera. Llegó la vez al cofre de madera blanca, que fué adquirido por un marinero en tres francos. Habían sacado

previamente las cartas y la medalla militar, para entregar estos objetos á la familia del muerto; pero quedaban el cuadernito de las canciones, el libro de Confucio, el hilo, los botones, las agujas; todas las pequeñas cosas dispuestas por la previsión de la abuela Moan para las reparaciones y las costuras.

Después, el furriel que exhibía los objetos sacados á subasta presentó dos pequeños ídolos cogidos por Silvestre en una pagoda para regalárselos á Gaud, de un tipo tan gracioso en su fealdad de chinos, que todos se echaron á reír en cuanto los vieron. Por último, se vendieron los sacos de tela, y el comprador emprendió en seguida la faena de raspar el nombre de Silvestre para poner el suyo. Luego pasaron una escoba por el sitio donde había tenido lugar la venta, y los marineros tornaron á sus juegos con las cotorras y las monas.

XXIV

Un día de la primera quincena de junio, cuando la



Colección de antiguos tipos populares de Caracas
BARTOLO APELLANIZ — Dibujo de Herrera Toro

señora Moan regresaba á su casa, unas vecinas la dijeron que habían estado á buscarla, de parte del comisario de la inscripción marítima.

Sin duda sería para algo relativo á su nieto; pero no sintió ningún presentimiento funesto. Las familias de gente de mar siempre tienen algo que ver con la oficina de la inscripción marítima, y ella, en su calidad de hija, viuda y abuela del marinero, conocía aquella oficina desde sesenta años atrás.

Supuso, pues, que se trataba de cobrar algún dinero que le mandaba Silvestre, y para presentarse decorosamente al señor comisario, vistióse su traje de los días de fiesta, púsose una cofia limpia y emprendió el camino de Paimpol.

El mes de junio sonreía alegremente en torno suyo. Sobre las alturas pedregosas no había, como siempre, más que los juncos de florecillas amarillas; pero en las cañadas al abrigo del recio viento del mar, se ostentaba la hermosa vegetación verde, la

herba alta y bien oliente. Las casuchas viejas desaparecían entre las matas de rosas y claveles, y hasta en los techos de rústico y cáñamo había mil pequeñas florecillas que atraían á las primeras mariposas blancas.

Era una primavera tibia, suave, embriagadora, poblada de ligeros zumbidos de insectos y de aromas de plantas nuevas.

Y todas estas cosas sin alma sonreían á la anciana, que marchaba con un paso cada vez más rápido para saber la triste noticia. Tocaba al momento terrible en que iban á contarle la escena cruenta que había pasado allá lejos, en el mar de China; hacia aquel viaje siniestro que Silvestre había presentido en sus visiones de moribundo, y que le había arrancado sus últimas lágrimas de angustia.....

A medida que se acercaba á Paimpol, sentíase más inquieta, y apresuraba más el paso.

Llegó, por fin, á la población grisienta con sus estrechas calles de granito bañadas por el sol, saludando á las viejecitas, contemporáneas suyas, que hacían calceta sentadas á sus ventanas. Las buenas señoras se decían para sus adentros:

—¿A dónde irá tan de prisa, en traje de domingo, un día de trabajo?

El señor Comisario de la inscripción marítima no estaba en su despacho, ocupado en aquel momento por un muchacho muy feo, que ejercía las funciones de escribiente. La endeblez física de aquel engendro había impedido á sus padres hacer de él un pescador, y por eso pasaba sus días sentado en la misma silla, emborrando pliegos de papel.

Cuando supo el objeto de la visita de la señora de Moan, el escribiente, tomando un aire de importancia, se levantó para coger un casillero unos papeles con timbre del Estado, y los puso delante de la anciana.

Esta empezó á temblar y á ver turbios los objetos. Era que había reconocido entre los papeles dos cartas dictadas por ella á Gaud para su nieto Silvestre, y que no habían sido abiertas. Lo mismo exactamente había acontecido veinte años antes, cuando la muerte de su hijo Pedro: las cartas habían sido devueltas desde China, sin abrir, y el señor Comisario se las había entregado.

El escribiente leía con una voz doctoral:

—Silvestre Moan, inscrito en Paimpol, folio 213; número de matrícula, 2.091: muerto á bordo del *Ben-Hoa*, el 14.....

—¿Qué? ¿qué es lo que le ha pasado á mi nieto? —interrumpió la señora Moan ansiosa-mente.

—Que ha muerto, señora, ha muerto— respondió el escribiente.

—Ha muerto!

—Sí, ha muerto—insistía el escribiente de una manera brutal, no porque fuese de carácter avieso, sino porque carecía de tacto, como un ser incompleto que era de imaginación y de cuerpo.

La vieja balbuceaba aquella horrible frase “ha muerto”, como un eco repetiría una cosa indiferente.

Diríase que la terrible nueva no la conmovía. Y era que su facultad de sufrir se había embotado con la edad, y el dolor no se despertaba de súbito. Era también que en aquel momento las ideas se desvanecían y entrecogían en su cabeza, y confundía la muerte del nieto con otras muertes. ¡Había perdido tantos seres queridos en la marina!

Continuará

INTERESA A TODAS
LAS CIUDADES Y PUEBLOS DE LA REPÚBLICA
EL NUEVO ALMANAQUE
(DE PARED)

ASTRONOMICO Y RELIGIOSO
PARA 1894

ARREGLADO AL MERIDIANO DE CARACAS POR ASTRONOMOS EUROPEOS
Y REVISADO EN LA PARTE RELIGIOSA

POR LA AUTORIDAD ECCLÉSIASTICA DE LA ARQUIDIÓCESIS
ES PROPIEDAD DE LA EMPRESA “EL COJO”

Y SE ESTÁ EDITANDO EN SUS TALLERES

Estará listo en Setiembre próximo



UNA ESCUELA EN EL INTERIOR



Catafalco en las honras fúnebres á la memoria de Francisco Fernández Paz

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

El suceso que en estos días ha venido á conmover un poco la atención pública ha sido; quién lo creyera! un *baratillo*. No ha habido dama que no haya ido á dejar en el baratillo algunas monedas en cambio de telas de ordinario inasequibles

para quien vive del trabajo, gracias á nuestra providente ley arancelaria que condena á la población á no vestirse ó ha hacerlo de fiado ó á expensas del estómago. ¡Oh, ley providentísima, que produce á costa de nuestra economía animal, cuantiosos sobrantes en el Tesoro para tentación de los ambiciosos é imposible felicidad de la República!

El baratillo de *Chantilly* representa nada menos que el cumplimiento de una obra de misericor-

dia: la de vestir al desnudo, y, cuántos desnudos pululan por esas calles de Dios! Unos porque no tienen ropa, otros porque lo que llevan no es ropa y otros porque lo que llevan no es propio sino del sastre ó la modista. Pero es fuerza proteger las industrias, y así las telas deben pagar derechos crecidísimos para que la competencia de las fábricas extranjeras no cause la ruina de nuestras inmensas fábricas de telas de toda especie, sobre todo la de telas de lana que abastecen de materia prima los dos millones y medio de carneros que pastan en el territorio de la República.

Naturalmente, no han escaseado episodios muy curiosos con ocasión del baratillo. La invasión el primer día fue terrible, un verdadero asalto á las piezas de tela, á los encajes, á todo cuanto excitaba por lo reducido del precio la furia de los compradores, quienes á la hora de cerrar se resistían á abandonar el local. Las mujeres amanecieron al siguiente día cogiendo puéstos en las puertas y muchas se colaron por las primeras rendijas que dejaron al subir las cortinas de hierro corrugadas. Y todo por aprovechar la calva ocasión de comprar por el precio que debiera ser el de siempre, sin nuestra bendita y protectora ley arancelaria que un día ú otro nos hará reventar de satisfacción.

*
A propósito de baratillos, no quiero dejar pasar en blanco la ocasión de dar una felpa á los señores dependientes de casas detalladoras. Empezaré por decirles que entre el que compra y el que vende, si alguno recibe algún favor es el segundo, porque es el primero quien dá la utilidad, y no al contrario como se lo figuran muchos de los señores dependientes, que son algo así como majestades destronadas á quienes hay que hacerles primero la venia, y luego suplicarles se dignen atender, lo cual hacen de mala gana, con cara de herrero y comidos de pereza.

No hace muchos días tuve que entenderme con un *Narciso* de mostrador que me iba haciendo reventar. Estaba de *smoking* y corbata roja, pulido de pies á cabeza y retorciéndose el bozo delante de un espejo. Me vió entrar y no por eso interrumpió su importante ocupación. Le hablé, levantó la vista y me la paseó por todo el cuerpo con desdén supremo, sin duda porque no estaba mi traje tan flamante como el suyo, ó porque mi corbata no obedecía á la última y más imperiosa imposición de la moda, como la suya. Es el hecho que salí sin comprar nada porque el dandy no abrió la boca sino para decir: *no hay*, viendo yo, no obstante, en los armarios, de todo lo que buscaba. No apoyo, ni mucho menos, á los que dan en el extremo contrario: también son unos cócoras esos dependientes que aturden al comprador con su chacharra llena de argumentos de mercachifle. Entre uno y otro extremos está el justo medio, que pauta la cortesía y determina la cantidad de miel con que ha de endulzarse el fato, para que se sienta suavemente atraído el cliente á la invisible red que se le tiende. Los franceses son los maestros en el arte de vender: imitenlos nuestros dependientes detalladores.

*
Entre el revólver y las cáscaras de mango nos van á dejar lucidos. Al que no lo mate una bala perdida, lo pone cojo ó manco una cáscara de mango. No sé cuál de las dos cosas abunda más ni cuál sea peor; pero ¿quién es el público? ¿qué tiene que hacer con él el que quiere darse el gusto de pasear por las calles la amenaza del revólver á ciencia y paciencia de la policía y de todo el mundo, ni el chicuelo á quien nadie le impide que arroje sobre el pavimento la alevosa cáscara? ¿Y por qué se ha de meter en estos asuntos la policía? ¿Qué tiene ella que hacer con el público? ¿Acaso puede ella desatender su obligación de estar donde no se necesita? ¿Y por qué se ha de meter el público en estas cosas? ¿Qué más dá morir de calentura que de bala de revólver ó de caída por cáscara de mango? Al contrario: la balanza se inclina del lado de los que mueren de una de estas dos últimas maneras, y, si no, vamos á la prueba.

Supongamos que uno de tantos imbéciles se ocupa en jugar con su revólver en la sala de su casa y, como es natural, deja escapar el tiro. La bala sale por la ventana y mata al transeúnte que acierta á pasar (y no digo *desacierta* por lo que ya se verá). Apuesto doble contra sencillo á que en el rostro del cadáver se verá pintada la gratitud á su bienhechor por haberle procurado tan dulce género de muerte! La viuda, los huérfanos, la madre anciana del difunto sentirán á no dudarlo conmociones de íntimo placer al pensar en el fausto suceso, que, si bien es verdad les priva de un ser querido, les pone bajo la protección de las autoridades y del matador que desde aquel instante se consagran á llenar

Señor Director de El Cojo Ilustrado.

Muy apreciable señor y amigo :

"Luz y Sombra" es el último regalo, 6 el más reciente, que á los amantes de las letras ha hecho el preclaro ingenio de la señorita Polita J. De Lima, que si á poder de su segundo estro, ha logrado escalar la cima del Parnaso, á poder de sus múltiples aptitudes, se nos presenta hoy, justadora de alta talla en la tribuna del prosador, á disputar á los más expertos en los torneos de la palabra, las más hermosas presas.

No es sino un juguete escrito para el álbum de una amiga ; pero al propio tiempo muestra acabada de belleza de estilo y de alta concepción filosófica.

Antójasenos que la inspirada escritora al empezar su obra con un pensamiento de uno de los más grandes artífices de la palabra, se asimiló junto con su escultural estilo, que parece vaciado en moldes de acero, su profunda filosofía.

Juega tan sutilmente con la locución á la par que con la idea y logra despertar á cada frase tal interés en el espíritu del lector, en el bien escogido y mejor desempeñado tema de la sostenida antítesis, que no puede uno menos que dejarse llevar sin resistencia, como sigue la mirada las reverberaciones de luz celeste hasta perderse en el espacio, al final pensamiento, si lleno de enseñanza, perfumado con el exquisito aroma de la modestia, tanto más resaltante cuanto que quien de tal suerte pretende ocultarse bajo la sombra, no podría vivir sino en las amplias esferas de la luz ; ó en las tinieblas, semejante á una luciérnaga, como una chispa de oro.

Cuida la abeja en su colmena, las celdillas que encierran el dulce licor de sus laboriosos panales : cubre la alondra con su sedoso plumaje el nido de sus tiernos amores : guarda en su templo la Vestal mitológica el sagrado fuego. Y asimismo las criaturas privilegiadas por el sentimiento y la belleza levantan un altar en la antigua metrópoli legendaria ; rinden el más acendrado culto á la musa castellana ; avivan la llama de un prestigio muerto y reivindican la memoria de una tradicional grandeza, como hijas bien nacidas que se glorían de su legítima prosapia.

Anticipo á usted las más expresivas gracias por la acogida que me promete dará usted á estas líneas y á la composición literaria que las ha motivado.

J. R. PACHANO.

Caracas : 18 de agosto de 1893.

LUZ Y SOMBRA

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORA JOSEFA GIL DE IBARRA,
COMO PRUEBA DE DEFERENTE AMISTAD

La antítesis se manifiesta de una manera evidente en todo lo creado: en la naturaleza y en el espíritu.

Los géneros son antíticos: Víctor Hugo ha dicho, hablando de ellos: "Shakespeare es la misma antítesis."

La ilusión es la luz, la realidad es la sombra.

El amor, que es un astro, tiene su nube negra, que es el desengaño.

La conciencia tiene también su luz y su sombra: el bien como el sol, esparsa benéficos fulgores ; "el mal es la noche del alma."

Luz y sombra en los abismos del corazón, en los misterios del pensamiento, en las profundidades de la conciencia, en las creaciones de la idea; sombra y luz en el camino de la vida.

Relámpagos fugaces iluminan las noches tenebrosas, nubes sombrías oscurecen instantáneamente la brillantez del sol.

La luciérnaga brilla como una chispa de oro en las tinieblas; el cuervo bate sus lóbregas alas á la luz del día; al amanecer nos despierta el canto de la alondra, símbolo de la alegría, y por la noche nos estremece el graznido del buho, emblema de la tristeza.

Hay luz y sombra en las edades del hombre: la infancia con su casto ramo de azucenas, la juventud coronada de rosas, son la aurora boreal de la existencia; la vejez tocando con mano temblona á las puertas de la eternidad, es la fúnebre sombra de la vida.

En las oscuras celdas del cerebro se alberga la luz fosforescente de la idea.

SUPLEMENTO AL N° 40

La tinta tiene el color de las sombras, la pluma humedecida es negra y de este oscuro conjunto brota luminoso el pensamiento.

En este bello álbum, que es todo luz, puesto que en él luce sus radiosas galas la inteligencia cultivada; en este albo libro era preciso que se cumpliera también la antítesis: he escrito yo y ya tienes la sombra.

POLITA J. DE LIMA.

Coro : junio 4 de 1893.

**LOS POR QUÉ
DE LA SEÑORITA SUSANA**

POR
EMILE DESBEAUX

Continuación

CAPITULO XVII**TEMPERATURAS DESIGUALES**

Aquel invierno parecía interminable.

El marino ausente no había llegado aún. Las últimas noticias de él recibidas eran de Adén, á la entrada del mar Rojo. Dichas noticias eran buenas.

Había que esperar una docena de días y, á no presentarse algún obstáculo extraño á toda previsión, Susanita abrazaría á su padre.

La Tierra, en su viaje al rededor del Sol, marcabía los primeros días del mes de febrero.

Todas las mañanas al levantarse iba la niña á la ventana para ver si el mal tiempo había desaparecido. ¡Ay! el mal tiempo se encarnizaba sobre París con el más pertinaz ensañamiento.

Hacía muchas mañanas que la niña no podía ya ni distinguir siquiera, á través de los vidrios, los objetos exteriores. Porque los vidrios estaban cubiertos de cristalizaciones de hielo, formando mil dibujos, que los hacían opacos y no dejaban paso á la vista. Los dibujos se presentaban en diversas formas, tales como árboles, plantas y otras muchas.

—¿Qué es eso? había preguntado la niña á la niña.

—Es hielo, había contestado Luisa.

La niña rasca con el dedo la capa de hielo, hundiéndolo en él las uñas, y decía:

—¿Cómo es que hay hielo en una alcoba templada como la mía, en la que hace calor?

Sobre esto, Luisa había pensado que lo más discreto era callarse para no dar una respuesta torpe.

De lo que resultaba que la curiosidad de Susanita no estaba satisfecha. Y aguardaba la ocasión de aprender la causa de un fenómeno que á ella le parecía inexplicable.

Una mañana, á la hora en que Pablo solía salir á sus quehaceres, la niña se puso en accho y al verle lo llamó.

—¡Ven á ver una cosa! le dijo.

—¿Qué cosa? preguntó Pablo entrando en la habitación de su hermanita.

—¡Mira!

Y al decir esto, la niña se aproximó á la ventana mostrando los caprichosos dibujos formados en los vidrios por el hielo.

—¿Y qué? dijo Pablo.

—¿Qué es eso?

—Es hielo.

—Esa respuesta ya me la ha dado Luisa, replicó la niña con gesto contrariado. Ya veo que es hielo; ¡pero por qué hay hielo en una habitación tan abrigada y caliente como la mía? ¡Eso es lo que no comprendo!

—Ante todo, ¿sabes tú lo que es hielo y cómo se forma? contestó Pablo.

—Iba la niña á responder; pero como estaba lejos de ser una atolondrada, se detuvo á tiempo, reflexionó y fijó en su hermano Pablo una mirada que quería decir. ¡En verdad que no sé nada de eso!

—Adivino tu respuesta, dijo Pablo con una sonrisa carirosa: no sabes una palabra.

La niña asintió inclinando la cabeza.

—Bien, en otra ocasión te enseñaré todo eso; hoy no puedo porque se me hace tarde.

—¡No! ¡no! dijo Susanita insistiendo. En otra ocasión no pensaremos en eso tú ni yo. Explícame ahora, yo te lo suplico.

Pablo miró el reloj y vió, sin duda, que podía consagrarse á su hermanita siquiera algunos minutos, pues dijo:

—Cuando un cuerpo líquido pierde su calor, llega un momento en que pasa al estado sólido. Es una ley de la naturaleza. Por consiguiente el agua, al perder su calor, se solidifica, ó lo que es lo mismo, se transforma en hielo.

Esta explicación no debió parecerle muy convincente á la niña, pues replicó preguntando:

—¿El agua es caliente? Porque si no lo es, ¿cómo puede perder su calor?

—Sí, es caliente, pero no en el sentido que se le da á la expresión cuando se habla de agua puesta al fuego; es caliente por sí misma, es decir, naturalmente. Eso depende de la temperatura exterior. Tú sabes que cuando te lavas en verano, te hace distinta impresión que cuando te lavas en invierno.

—¡Es verdad! El agua en verano es menos fría.

—Es que sigue la regla de todas las cosas de este mundo. Los objetos, según las estaciones, están más ó menos calientes. En verano hacen provisión de sol, almacenan sus rayos por decirlo así, hasta que el frío del invierno viene á llevárselo.

—¿Pero cómo se las compone el frío para llevarse el calor?

—¿Has tenido tú alguna vez las manos frías?

—¡Ya lo creo!

—¿Y no te ha sucedido que mamá haya tomado tus manecitas entre sus manos hasta calentártelas muy bien?

—Sí.

—Pues ahí ves un ejemplo de frío que se lleva calor.

—¿Pero cómo?

—¿Qué! ¿no comprendes por qué se han calentado tus manos frías? Pues es muy sencillo; porque han tomado el calor de las manos de mamá.

—Entonces, dijo la niña, al calentar mis manos le robaba su calor á las de mi mamá? De modo que, á medida que las mías se iban calentando, las suyas se enfriarían.

—Naturalmente! Hay un cambio tácito, según toda evidencia, dijo sonriendo Pablo. Tus manitas les dicen á las manos de mamá: "Dadme calor y os daré frío."

—Pues lo que hacen mis manos está mal hecho! exclamó la niña mirando á sus manecitas como si las reprendiera.

—No tan mal hecho como tú imaginas, contestó Pablo encantado de esta ingenua reflexión, porque las manos de mamá están muy contentas de compartir con las tuyas su calor. De todos modos, eso te demuestra que hay siempre un cambio de calor y frío entre un objeto caliente y un objeto frío. Así la atmósfera, esto es, la masa de aire que rodea la Tierra, cuando está caliente por la acción del Sol procura enfriarse con todo lo encuentra. Y cuando está fría procura calentarse.

—Es muy natural! dijo la niña con aplomo.

—Tú comprendes por lo tanto que el aire, al encontrar agua más caliente que él, se apodera de su calor. Ahora bien, en los grandes fríos de invierno le quita tanto calor, que la hace pasar al estado sólido.

—¿La convierte en hielo?

—Sí.

—Pero el hielo que yo he visto en el Sena, en los lagos del bosque de Bolonia y del parque de Monceaux, en los arroyos y en las fuentes, es una masa transparente sin los dibujos raros que vemos en estos vidrios.

—Dispénsame, querida, contestó Pablo afectando una gravedad profunda, pero tengo necesidad de decirte que estás equivocada; el hielo que has visto presenta los mismos dibujos que éste, sólo que.....

—¿Sólo qué? dijo la niña interrumpiendo á su hermano.

—Sólo que no se ven.

—¡Ya decía yo!

Continuado

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

Así es que le fué preciso un rato de reflexión para hacerse bien cargo de que había perdido al nieto que le quedaba; al más querido, á aquel á quien conservan todas sus plegarias, toda su vida, toda su esperanza, todos sus pensamientos, obscurcidos ya con el peso de la edad.

Y luego experimentaba también cierta vergüenza de dejar estallar su desesperación delante de aquel hombrecillo feo que la causaba horror. ¡Pues qué! ¡Era así como debía anunciarle á una pobre abuela la muerte de su nieto? Y permanecía rígida, delante de aquella mesa cubierta de papeles, torturando las franjas de su chal con sus pobres manos agrietadas de lavanda.

¡Y cuán lejos se sentía de su casa! ¡Dios mío, qué largo era aquel trayecto que necesitaba hacer decorosamente antes de alcanzar la cabaña donde estaba deseando encerrarse como los animales heridos que se esconden en su madriguera para morir! Por eso trataba de no pensar mucho, de no comprender demasiado bien, temerosa de lo que podría pasarle en aquel camino tan largo.

Entregáronle un libramiento para poder cobrar, como heredera, los treinta francos que había producido la venta del saco de Silvestre, así como las cartas, los certificados y la cajita que contenía la medalla militar. Maquinalmente cogió aquellos objetos, pasándoselos de una mano á otra, sin saber lo que hacía, no acertando á encontrar los bolsillos para guardarlos.

Atravesó Paimpol sin mirar á nadie, con el cuerpo inclinado como el que va á caer, aturdido por la afluencia de la sangre hacia las sienes, y apresurándose, excediéndose en su marcha como una vieja máquina desvencijada que hubiese sido puesta en marcha á gran velocidad por la última vez, sin inquietarse de que se rompieran sus resortes.

Al tercer kilómetro iba ya totalmente encorvada, abatidísima; á veces daba algún tropezón, que le producía en la cabeza una commoción dolorosa. ¡Y andaba, andaba, sin reposo, la pobre vieja, deseando llegar á su cabaña, de miedo de caerse y tuvieran que recogerla en el camino!

XXV

Mirad á la vieja Moan, que va borracha!—gritaban los chiquillos, viéndola que se había caído al suelo.

Era justamente á la entrada de la aldea de Ploubazlanec. Sobreponiéndose á su aniquilamiento moral y físico, había encontrado fuerzas para levantarse y seguir su marcha, cojeando, como Dios le daba á entender.

—¡La vieja Moan, que ha pillado una borrachera!—seguían gritando los chiquillos insolentes, riéndose de ver que llevaba la cofia puesta al revés.

Pero cuando los chicos la miraron de cerca y observaron aquella mueca de desesperación senil, se volvieron sobrecogidos, no atreviéndose ya á perseguirla con sus burlas.

Ya en su casa, y con la puerta cerrada, pudo dar rienda suelta al dolor que la ahogaba, y se dejó caer en un rincón con la cabeza apoyada contra la pared.

Guad, que había venido á informarse, la encontró tirada en el suelo, con el blanco cabello colgando y perdida en sollozos quejumbrosos de niño pequeño. Casi no podía llorar; las viejecitas de su edad no tienen ya lágrimas en sus ojos.

La pobre anciana no supo más que decirle:

—¡Mi nieto ha muerto!

Y le echó sobre las rodillas las cartas, los certificados y la cajita con la medalla.

Gaud recorrió con la vista los papeles, y se arrodilló para orar.

Las dos mujeres permanecieron allí juntas, enmudecidas, abismadas en su dolor, hasta entrada la noche.

Aquel largo silencio fué sólo interrumpido por estas palabras de Gaud á la señora Moan:

—Yo me vendré á vivir con vos, abuelita; traeré mi cama, que es lo único que me han dejado, y velaré por vos; os cuidaré, no estaréis sola.....

A su verdadera pena por la pérdida del compañero de su infancia, se mezclaba á su pesar el recuerdo de otro ser querido; del que á aquella misma hora pescaba en Islandia, en el crepúsculo sin fin.

¿Lloraría Juan también la muerte de Silvestre, cuando llegara á su conocimiento la infiusta nueva? Debia creerlo así, puesto que los dos se amaban.... Y en medio de sus propias lágrimas, se preocupaba mucho de esto, tan pronto sintiéndose indignada contra aquel hombre de carácter duro é indómito, tan pronto enterneciéndose á su recuerdo, á causa de aquel dolor que él iba también á experimentar, y que ella consideraba como una especie de aproximación entre los dos: en fin, con el corazón lleno de él.....

XXVI

Era una tarde de agosto, cuando llegó á bordo de la *María* la carta que anunciable á Juan Gaos el fallecimiento de su amigo. El día había sido de ruda maniobra y excesiva fatiga, y los marineros estaban deseando bajar á la camaretta para cenar y acostarse.

En aquel reducido zaguán de tablas, á la luz amarillenta de la lámpara, fué donde Juan leyó la funesta misiva. La impresión que en el primer momento le produjo fué de insensibilidad, de aturdimiento, como de no haber comprendido bien lo que le decían. Muy reservado en las cosas que afectaban á su corazón, por su carácter orgulloso, escondió la carta en su camiseta azul, contra su pecho, sin decir nada á los compañeros.

Juan era de las personas en quienes el dolor se reconcentra y carece de manifestaciones exteriores. Así, pues, sin dar siquiera explicaciones á los demás, dijo que no tenía ganas de cenar, y se acostó, cayendo á poco en un profundo sueño.

Una pesadilla, en la que vela desfilar el entierro de Silvestre, turbó las horas de su reposo.....

A la aproximación de la media noche, cuando se encontraba en ese estado de espíritu peculiar á los marineros, que tienen conciencia de la hora cuando están sumidos en el sueño, y que sienten venir el momento en que han de despertarles para hacer su cuarto, asistía todavía con la imaginación al siniestro acto del entierro. Una voz recóndita le decía que soñaba, y sentía un vago deseo de despertarse para librarse de aquella visión obstinada.

Pero cuando sintió el contacto de una ruda mano que se posaba sobre sus espaldas, y una voz varonil le decía: «Arriba, Gaos, que es tu hora!» oyó sobre su pecho un ligero ruidito de papel arrugado, pequeña música siniestra que afirmaba la certeza de la muerte. Era la carta, cuyo contenido, por desgracia, no dejaba lugar á duda. ¡Luego era verdad! Y entonces su dolor fué más vivo, más cruel, al encontrarse frente á frente con la penosa realidad.

Juan se vistió silenciosamente, y abriendo la escotilla, subió sobre cubierta para reanudar sus faenas de pescador.

**

Cuando estuvo arriba, miró en torno suyo, con ojos todavía adormitados, el círculo familiar de las aguas.

No era completamente de noche: el mar estaba débilmente iluminado por un resto de luz difusa que no parecía venir de ninguna parte. En lo alto había nubes que se confundían las unas con las otras, para no formar más que un gran velo. Pero allá abajo, en un punto del cielo cercano de las aguas, fingía una especie de fantasмагoría que se destacaba más distinta; algo como un dibujo informe trazado por una mano distraída, combinación casual, fugitiva, destinada á desaparecer en un momento. Y, sin embargo, ella sola parecía significar alguna cosa en todo aquel conjunto gris sin expresión: hubiérase dicho que el pensamiento melancólico, intangible, del triste vacío que abarcaba la isla, estaba allí inscrito.

Juan, á medida que sus pupilas móviles se habían acostumbrado á la oscuridad exterior, iba mirando con más fijeza aquella desgarradura única de las nubes, que afectaba la forma de un hombre que se deja caer al suelo, con los brazos en cruz.

Su imaginación le hacia ver una realidad humana en aquel accidente casualísimo. Cuanto más contemplaba la nube, más se sentía invadido por una angustia profunda, llena de lo desconocido y de lo misterioso, que le helaba el alma: ahora comprendía, mucho mejor que antes, que ya no volvería á ver nunca á su hermano adoptivo, y la pena que con tanto trabajo había ido penetrando en su corazón, hundía en él su puñal como si penetrara en blanda cera. Creía ver el rostro bondadoso y simpático de Silvestre, con sus cándidos ojos de niño; fingíase que le abrazaba, y sentía entonces como un velo que caía súbitamente entre sus párpados, á pesar suyo, sin que pudiera explicárselo; porque nunca le había acontecido llorar en su vida de hombre. Pero esta vez las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, á la par que profundos sollozos levantaban su pecho en convulsivo hipo.

Y continuaba pescando sin perder su tiempo ni proferir una palabra, mientras que sus otros dos compañeros, que le escuchaban en silencio, hacían como que no le oían, por temor de irritarlo, conociendo la altanera reserva de su carácter.

En su fuero interno, Juan opinaba que la muerte ponía fin á todas las cosas.

Cuando se presentaba la ocasión, se asociaba á las plegarias que se hacen en familia por el reposo de los difuntos; pero lo hacía por respeto á sus padres, y no porque él creyese de modo alguno en la inmortalidad de las almas.

Continuará

¡VEAN BIEN QUE LA VISTA ENGAÑA!



Valor de este Suplemento, un Bolívar.

Los suscriptores á *EL COJO ILUSTRADO* tienen derecho á este Suplemento sin ningún recargo de suscripción.

INTERESA A TODAS
LAS CIUDADES Y PUEBLOS DE LA REPÚBLICA

EL NUEVO ALMANAQUE

(DE PARED)

ASTRONOMICO Y RELIGIOSO

PARA 1894

ARREGLADO AL MERIDIANO DE CARACAS POR ASTRONOMOS EUROPEOS

Y REVISADO EN LA PARTE RELIGIOSA

POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA DE LA ARQUIDIOCESES

ES PROPIEDAD DE LA EMPRESA "EL COJO"

Y SE ESTÁ EDITANDO EN SUS TALLERES

Estará listo en Setiembre próximo

MIS ILUSIONES

Capricho para piano

por Amelia Pérez Dupuy

Allegro

Piano

escol

er

risoluto

risoluto

Allegro giusto andante

ritard.

er

leggero

ritardando

ritardando

Ondante

p

f

xcellent. molto.

Francesco Scaramella